



Universidad Tecnológica
de Pereira

Facultad
de Ciencias de la Educación

LUCIAN BOIA UN JUEGO SIN REGLAS

Sobre la imprevisibilidad en la historia



Ceci n'est pas une pipe.



Editorial UTP

Colección Trabajos de Investigación

LUCIAN BOIA (1944)

Historiador rumano. Fue profesor titular en la Facultad de Historia de la Universidad de Bucarest-Rumania. Su obra es extensa y variada, comprende numerosos títulos editados en Rumania y Francia, así como traducciones en inglés, alemán, húngaro, italiano y español.

Lucian Boia ha adquirido una notoriedad europea y ocupa un lugar privilegiado en Francia donde ha publicado una decena de libros. Entre sus preocupaciones históricas se encuentran la historia de las ideas, del imaginario, de los fundamentos teóricos de la historia, al igual que la investigación sobre una amplia gama de temas desde la perspectiva de la «desmitologización» histórica (comunismo, nacionalismo, democracia, el fin del mundo, entre otros).

Ha elaborado nuevas interpretaciones respecto a la historia de Occidente, de Francia y Alemania. Su destacada obra es un punto de referencia a la hora de redefinir la historia de Rumania, de Europa y un conjunto de temas históricos como son la mitología, el imaginario, el comunismo, la nación, el clima, la historia, Occidente y la democracia, entre otros.

Entre sus obras traducidas al español tenemos: Entre el Ángel y la Bestia (1997), ¿El fin de Occidente? Hacia el mundo de mañana (2015); . La tragedia alemana, 1914-1945 (2018). El Juego con el pasado. La historia entre verdad y ficción Editorial Universidad Tecnológica de Pereira. Prólogo a la edición en español por Bernard Lavallé, Profesor en la Universidad de la Sorbona Nueva, París-Francia; Traducción del rumano por Miguel Ángel Gómez Mendoza (2019). Diálogos lapunkt entre Lucian Boia y Cristian Pătrășconi. Editorial Universidad Tecnológica de Pereira. Prólogo Marco Antonio Jiménez García, UNAM FES Acatlan-México. Traducción del rumano por Miguel Ángel Gómez Mendoza. (2019).

LUCIAN BOIA
UN JUEGO SIN REGLAS
Sobre la imprevisibilidad
en la historia

Traducción
Miguel Ángel Gómez Mendoza



Facultad de Ciencias de la Educación
Colección Trabajos de Investigación
2020

Boia, Lucian

Un juego sin reglas : sobre la imprevisibilidad en la historia /

Lucian Boia; traducido por Miguel Ángel Gómez Mendoza.

Pereira : Universidad Tecnológica de Pereira, 2020.

106 páginas. – (Colección Trabajos de investigación).

ISBN: 978-958-722-460-3

1. Historiadores 2. Histografía 3. Civilización occidental
4. Revolución francesa 5. Segunda guerra mundial 6. Rumanía
Historia

CDD. 907.2

UN JUEGO SIN REGLAS

SOBRE LA IMPREVISIBILIDAD EN LA HISTORIA

Nota: traducción del rumano de Miguel Ángel Gómez Mendoza en el marco del desarrollo del proyecto Ejercicios historiográficos: la imprevisibilidad de la historia en la obra de Lucian Boia. Código VIE 4-18-4. Universidad Tecnológica de Pereira, Colombia. Traducción autorizada por Editura Humanitas. Bucarest-Rumania.

© Lucian Boia

Un joc fără reguli; despre imprevizibilitatea istoriei /

Lucian Boia – București: Humanitas, 2016.

© Traducción Miguel Ángel Gómez Mendoza

© Universidad Tecnológica de Pereira

eISBN: 978-958-722-460-3

ISBN: 978-958-722-459-7

Imágen de Cubierta: La traición de las imágenes de René Magritte.

Universidad Tecnológica de Pereira

Vicerrectoría de Investigaciones, Innovación y Extensión

Editorial Universidad Tecnológica de Pereira

Pereira, Colombia

Coordinador editorial:

Luis Miguel Vargas Valencia

luismvargas@utp.edu.co

Teléfono 313 7381

Edificio 9, Biblioteca Central “Jorge Roa Martínez”

Cra. 27 No. 10-02 Los Álamos, Pereira, Colombia

www.utp.edu.co

Montaje y producción:

María Alejandra Henao Jiménez

Universidad Tecnológica de Pereira

Pereira

Impresión y acabados:

Gráficas Olímpica

Pereira

Reservados todos los derechos

CONTENIDO

Prólogo.....	5
I La pipa de Magritte y la historia de los historiadores	7
II ¿«Por qué»? , una pregunta con respuestas múltiples.....	23
III Ejercicio de interpretación: génesis de la civilización occidental	31
IV Segundo ejercicio: la Revolución Francesa.....	41
V Tercer ejercicio: la Primera Guerra Mundial.....	49
VI Cuarto ejercicio: en torno a la Segunda Guerra Mundial	55
VII Quinto ejercicio: la creación de Rumania	61
VIII Las incertidumbres del futuro.....	67
Conclusiones. Preguntas sin respuesta	77
Índice de autores.....	79
Índice de temas	81

Prólogo

Este pequeño volumen quiere ser un esbozo global de la historia. Con una precisión: estrictamente, desde mi punto de vista.

Es mi historia, así como la veo, al terminar medio siglo de «experimentos» historiográficos (me atrevo a decir, muy variados). Por ello, no cargué el texto con un exceso de referencias bibliográficas, me limité con mencionar, entre los trabajos de otros, aquellos que en verdad me han ofrecido sugerencias y apoyaron mi enfoque.

Comienzo por subrayar la distinción, muy elemental, por cierto, pero en general descuidada, entre Historia e historia; dicho de manera distinta, entre lo que aconteció en verdad y su reconstrucción de nuestras representaciones.

Me he detenido sobre el problema crucial de la causalidad histórica, en mi opinión, mucho más complejo y difícil de aclarar de lo que aparece en especial en las «soluciones» historiográficas. He retomado, de esta perspectiva, algunos temas favoritos: génesis de la Civilización occidental, la Revolución francesa, la Primera

Guerra Mundial y la creación de Rumania. Ya se verá con cuáles conclusiones. Finalmente, después de la historia que fue, la historia que será. En esta óptica, mis convicciones son inquebrantables. Sobre el futuro, en realidad, se dice mucho; a pesar de todo no sabemos nada.

Me parece probable la imputación de que hemos complicado las cosas antes que aclararlas. Quizás así sea, pero no es mi culpa. De hecho, no las he complicado, son complicadas, a su manera. Responsable, como siempre, sigue siendo la Historia.

I

La pipa de Magritte y la historia de los historiadores

«CECI N'EST PAS UNE PIPE». Esto no es una pipa.

Es el título de un lienzo pintado por René Magritte.

El cuadro representa una pipa.

Evidente, no es una pipa. Intenten utilizarla y se convencerán.

Es totalmente otra cosa: la representación de una pipa.

No se ha visto hasta ahora, en la página del título de algún libro de historia, semejante advertencia: «esto no es historia».

Es solamente una representación de una historia.

Con la observación de que la pipa de Magritte es con seguridad mucho más parecida a una pipa auténtica que cualquiera de las representaciones de la historia en relación con la historia real.

De hecho, frente a todo lo que nos rodea, incluso respecto a nuestra propia mirada, no tenemos sino representaciones.

La epopeya total del conocimiento es una lucha incesante que llevamos a cabo para que estas representaciones se correspondan lo más cerca posible con la realidad de las cosas.

He logrado, en buena medida —por observación y experimento— acercar de manera considerable las

representaciones a la realidad, y es de suponer, que continuaremos aproximándolas. Sin importar cuán imaginario sea el modo en el que «visualizamos» la estructura del átomo (parece muy semejante con un sistema solar en miniatura), cierto es que ha demostrado su correcto funcionamiento; la central nuclear nos escucha. Igual, podemos anticipar sin equívocos el punto del espacio donde el cuerpo celeste se va a encontrar, indiferente de cuándo, en el futuro.

¡Qué simple es la física —y cuán complicada es la historia—! No nos hagamos ilusiones, no la vamos a dominar nunca. Es demasiado complicada, infinitamente complicada y con giros inesperados. Un solo ser humano presenta mucha más complejidad que el universo físico total. ¿Pero, la humanidad completa, en su evolución total?

La confusión entre realidad y representación continúa siendo grande en la historia. De ella caen víctimas hasta los profesionales. Confusión debilitada y agravada por el uso de la misma palabra: *historia*. Llamamos con un solo término tanto la historia verdadera, así como también su representación; de hecho, sus múltiples representaciones. Debe hacerse a fin de cuentas una distinción. Por ahora, propongo la solución más simple, usaré mayúscula en el caso de la historia verdadera. De esta manera, *Historia* versus *historia*. *Historia* (una sola) versus *historias* (innumerables reconstrucciones).¹

Por más parecidas las dos historias (no nos ilusionamos, parecen), debemos convenir que no tienen cómo ser idénticas. La apuesta de los historiadores, claro está, es la de acercarlas lo más que se pueda. La ambición de Leopold von Ranke de reproducir la historia «así como fue ella en verdad» («wie es eigentlich gewesen») es, no obstante, de una ingenuidad conmovedora, excusable apenas por el ilimitado optimismo científico del siglo XIX. ¿Cómo transponer idénticamente, entre las cubiertas de unos libros, o incluso en los anaqueles de una biblioteca entera, un

1 Con respecto a la historia, remito también a mis consideraciones anteriores, expuestas en el libro *Jocul cu trecutul. Istoria între adevăr și ficțiune* (1998), con ediciones posteriores en 2002 y 2008. [Boia, L. (2019). *El juego con el pasado. La historia entre verdad y ficción* (Miguel Angel Gómez Mendoza, Trad.). Editorial Universidad Tecnológica de Pereira (N. del T.)].

mundo completo con su infinito encadenamiento de individuos y acontecimientos? ¡Ante todo y en primer lugar, es una falta total de dimensiones!

Seguro, he dicho desde el comienzo: en todo, no solo en la historia, las relaciones nuestras con el mundo pasan por el filtro de las representaciones. Inclusive nuestra propia persona; existimos en modo objetivo, pero somos percibidos subjetivamente. La identidad de cada uno de nosotros se define por una suma de representaciones. De esta manera, la historia no es en absoluto una excepción; es aún más, un caso «agravado», un caso límite. Primero, por su «infinito»; todo, en última instancia, es de una u otra forma, historia. Luego, por el hecho de que no existe más, está perdida en el tiempo. No la podemos reconstituir por indagación directa, sino indirecta, por los testimonios que nos han dejado y ellos, en sí mismos, no son realidades puras, sino también representaciones (un documento que relata un hecho no debe ser confundido con el hecho mismo). En otras palabras, la historia es una representación mediante la representación, una «reconstrucción de grado dos».

Cuando decimos que historia significa el *pasado*, nos referimos a la *Historia* (con mayúscula). Sería una confusión considerable extender semejante definición también sobre la *historia* (historia-representación). Esta última no es el pasado, sino una mirada del presente sobre el pasado. Más exactamente dicho, incontables miradas. Existe una sola Historia y una infinita serie de historias.

¿Qué se cambia en el curso de esta traslación? Mucho. Evidente si se quiere. En primer lugar, el historiador selecciona los hechos y los ubica como cree conveniente, unos con relación a los otros. ¿Según cuáles criterios? En función —se diría— de su importancia, de su grado de significado. Sin embargo, aquí interviene nuestra lógica, la cual no es necesariamente la misma lógica de la Historia. ¿Cómo podemos apreciar el grado de importancia de un hecho, en otras palabras, cómo podemos saber en qué medida ha jugado un papel digno de ser tenido en cuenta en la marcha de la historia? Evidente, no sabemos, solo

presuponemos. Las conexiones causales son todavía más difíciles de apreciar que los mismos hechos. La Historia al ser algo que ya no existe, no tenemos cómo someterla a experimento. ¿Qué decir sobre un físico que decidiría sobre las relaciones entre los fenómenos, estrictamente sobre la base de especulaciones intelectuales? Los historiadores podemos tener toda la razón cuando explicamos un hecho u otro, sin embargo, no tenemos la posibilidad de demostrarlo, solo podemos ser lo suficientemente convincentes para hacernos creer.

Por otra parte, las historias son innumerables, en función del ángulo de mirada y de «corte» que practiquemos. Podemos observar desde bien arriba el espectáculo de la totalidad de la humanidad o desde bien abajo el destino de un solo individuo o de un hecho cualquiera. Dividimos la historia en partes, en tramos cronológicos, campos, problemas, estructuras; mientras que la verdadera historia los cobija a todos como un remolino. Ponemos en la historia un orden que la Historia no tiene. Nos referimos a la Antigüedad o a la Edad Media como si semejantes divisiones existieran. Igual, identificamos una historia económica, social, cultural, política y así sucesivamente. Son simples compartimentos que nosotros elaboramos y a los que pegamos etiquetas. Igualmente, cada hecho es parte, construido, reconstruido o extraído, del enredado tejido de la Historia y provisto de esta manera con una existencia independiente. No se niega en lo más mínimo la utilidad, incluso la necesidad, de semejante enfoque. Es necesario un camino ordenado para hacer inteligible el pasado. Construimos lo que Max Weber llamó los «tipos ideales», ni verdaderos, ni falsos; así como la pipa de Magritte. El asunto es no olvidar que esta extensa reacomodación es obra nuestra, no pretendamos que así sea simplemente la *Historia*. No es *Historia*, son *historias*. La Historia auténtica es una amalgama diferenciada y en permanente efervescencia. La operación de «disciplinamiento» y de «sistematización» nos pertenece. El historiador es un incansable fabricante de coherencia. Bajo su batuta, todo llega a relacionarse, todo se explica, y el pasado se carga de significados.

La intervención del presente en el acondicionamiento del

pasado es masiva y lo más evidente posible (por lo menos para quien tiene la costumbre de descifrar el discurso histórico). En la Edad Media, la Iglesia y el Imperio, las dos instituciones fundamentales del mundo europeo, se reparten también el terreno de la historia; las «crónicas universales», género historiográfico dominante en su tiempo, combina la sucesión de los imperios con el esquema teológico de un recorrido situado entre Creación y Juicio Final. Algunos siglos después el «universalismo» medieval tendría que dejar el espacio al nacionalismo moderno; el mundo se fragmentó en entidades nacionales, también fue así con la historia. El siglo xx, el siglo de las naciones, es también el siglo de la historia que tiende a devenir «ciencia suprema», precisamente por la función que gana en la definición y la justificación de las identidades nacionales. Es de recalcar cómo el romanticismo nacional de la época se dirige con predilección a la Edad Media, completamente extraña en su época a la idea nacional, obligándola a convertirse de universalista a nacionalista, y justificar de esta manera una ideología que no compartía de ninguna manera.

Detengámonos sobre este siglo: es un muy buen modelo para ilustrar las distinciones entre «Historia» e «historia». En verdad, las historias se multiplican ahora a un ritmo sin precedentes. «Existen cien maneras de hacer historia», constata François Guizot, el mismo adepto de una de las cien maneras. Y esto pese al hecho de que los historiadores hacen esfuerzos considerables para elevar su profesión al rango de auténtica ciencia. Los documentos se ponen bajo la lupa de una investigación crítica minuciosa y, hacia finales del siglo, algunos historiadores, inimaginablemente optimistas, llegaron a creer que pasado mañana la historia se va a cerrar, esto es, se va a fijar en una narración definitiva, una vez, con el agotamiento de las fuentes secadas de toda información disponible. Sin embargo, vemos que esta historia, la cual debería ser *una*, en lugar de unificarse no termina de multiplicarse; los mismos hechos son de una manera establecidos, y de otra, interpretados en función no del pasado, sino del presente. El resultado es simultáneamente una historia más segura (en sus datos concretos) y más fluida (en perspectivas e interpretaciones).

El siglo que comienza con la Revolución francesa y se cierra con la Primera Guerra Mundial es en extremo ideologizado y conflictivo, en la misma medida aristocrático, burgués y proletario, conservador, liberal y socialista... Como todos, apela a la historia, atrayéndola en todas las direcciones.

La ideología nacional, en particular, empujó poderosamente la historia hacia la mitología. Cada nación se esforzó para acondicionar un espacio predestinado, considerado, y fundamentar que le pertenece desde tiempos inmemoriales (en otras palabras, ¡en un tiempo en el que la respectiva nación ni siquiera existe!). A un historiador francés no le parecía para nada inapropiado evocar sus ancestros lejanos, llamándolos «franceses de la época de piedra». También Rumania, un Estado relativamente reciente formado apenas en 1859, se unifica retrospectivamente, apoyándose sobre dos grandes símbolos: Miguel el Valiente y la Dacia antigua. Señor del País Rumano y conquistador de los dos principados vecinos, Moldavia y Transilvania, Miguel el Valiente es investido con un proyecto nacional que no lo tenía y tampoco podía tenerlo en su época. ¿Cómo se constituye Rumania en 1600, al reunir países a los cuales hoy, en verdad, los llamamos rumanos, pero que entonces tenían su identidad específica? Moldavia era, pura y simplemente, Moldavia. Y Transilvania, en el nivel de sus élites y de la organización estatal, era húngara y no rumana (apenas en la era democrática, la mayoría de los campesinos rumanos llegarían a pesar mucho más que los aristócratas húngaros y los burgueses germánicos). Y sobre la Dacia antigua, esta se hizo corresponder plenamente con las fronteras de Rumania ideal y luego con las de Rumania Grande después de 1918. Por lo demás, ¿acaso no decía Vasile Pârvan, un historiador eminente de la Antigüedad, que «Dacia era un gran reinado con una base étnica perfectamente homogénea, una nación consciente de sí misma»? (¡Como se diría, ¡mucho más justificado sería decir «nación» que Rumania Grande, con sus numerosas minorías étnicas!). Las recientes interpretaciones lo contradicen, Dacia presenta (por lo menos para los historiadores competentes) un espacio desintegrado, «y no una unidad histórico-social y política, no una

lengua común, y tampoco necesariamente una cultura material y espiritual común», según el historiador Alexandru Vulpe.

¡Que no se diga que todas estas exageraciones o invenciones serían una especie de rarezas rumanas! Todas las naciones apelan a la historia de una manera similar, al obligar al pasado a justificar el presente. Para el siglo XIX, quizás Francia tenga el record absoluto. El equivalente a la Dacia «rumana» es, en el caso de Francia, la Galia antigua con fronteras mucho más precisas que las de la Dacia. Como la Galia, en su tiempo, se extendía hasta el Rin; y Francia moderna apuntó hacia la misma frontera. Incluso si el Rin se convirtió, entre tanto, en ambas orillas, en un río alemán. De ahí el prolongado diferendo histórico entre las dos grandes naciones occidentales (al igual como el Tisza, evocado por los rumanos como el límite occidental del territorio rumano, es de hecho, casi en su totalidad, un río «magiar»). Por otra parte, Miguel el Valiente encuentra en Francia su equivalente bastante fiel —en el plano simbólico, por lo menos— en la persona de Juana de Arco. El heroísmo de esta joven mujer a la que se debe la liberación de Francia de los ingleses y la unificación de la nación francesa alrededor de la monarquía (pasando por encima del «detalle» si la Guerra de los Cien Años fue, ante todo, un conflicto franco-francés de tipo medieval, antes que uno franco-inglés de factura nacional moderna).

Sin embargo, las cosas son más complicadas. A diferencia de Rumania, donde la mitología nacional se muestra muy unitaria, Francia se permite el lujo de desarrollar mitologías nacionales competidoras, adaptadas a las ideologías antagonistas de las «dos Francias», y resultantes después de la Revolución Francesa: de una parte, Francia democrática y laica; y de otra, Francia monárquica y católica. Las dos Francias comparten sus símbolos al usar incluso la misma figura, la cual interpretan de manera diferente. Para unos, Juana de Arco es la «muchacha del pueblo» que salva a la nación francesa; para los otros, es la «santa Juana» salvadora de la monarquía, como símbolo de la unidad de Francia. Como mito fundador, los republicanos recurren preferiblemente a los galos, representado por Vercingetorix (ese «Decebal» de los franceses),

el adversario de César (equivalente de Trajano) de los tiempos de la guerra de las Galias. Los monarquistas católicos, sin embargo, prefieren a Clodoveo, el alemán cristianizado y convertido en el primer rey de «Francia» (un país que para entonces no existía). La totalidad de la historia llega a ser vista como un largo conflicto entre autóctonos galo-romanos y germánicos conquistadores. Es la interpretación que algunos historiadores le dan incluso hasta la Revolución francesa, viéndola como acto final del ajuste de cuentas con una aristocracia ajena al pueblo².

La «nacionalización» del pasado condujo inevitablemente a la multiplicación impresionante de las historias, cada nación se construyó su propio escenario que se encuentra a menudo en conflicto con los escenarios concurrentes. Dicho de otra manera, las naciones llegaron a tener problemas con el manual de historia, cada uno de los protagonistas pretendió que la historia le diera la razón. El mejor (o el más malo) ejemplo lo ofrece la historiografía paralela rumana y húngara que, a partir de la disputa sobre Transilvania, se ubica en posiciones irreconciliables en todos los asuntos clave del origen de los rumanos (continuidad «cien por ciento» en la visión rumana, inmigración tardía; también «cien por ciento» desde la perspectiva húngara) y hasta el Tratado de Trianón (lo más justo posible para los rumanos, y lo más injusto posible, según la interpretación húngara). Casi igual están las cosas también entre franceses y alemanes, mientras los dos países se hallaban en un prolongado conflicto. Es interesante constatar cómo, una vez con el acercamiento franco-alemán de las últimas décadas, se han reconciliado incluso, milagrosamente, las controversias historiográficas, hasta el punto en que los alumnos de los dos países ahora aprenden según un manual único. Evidente, es mejor así que odiándose, pero ¿cómo queda la historia siempre

2 Los mitos históricos franceses (en especial la transfiguración de las personalidades) son analizados minuciosamente por Christian Amalvi en *Les héros de l'Histoire de France. Recherche iconographique sur le panthéon scolaire de la troisième République* (1979); *De l'art et la manière d'accommoder les héros de l'histoire de France. Essais de mythologie nationale* (1988); «Recherche sur les fondements et les interprétations historiographiques du mythe des deux France» (1985), en *Etudes d'historiographie* (bajo la dirección de Lucian Boia), Editura Universității din București, București, pp. 193–216. Acerca de la mitología histórica rumana cf. Boia, L. (1997). *Istorie și mit în conștiința românească*. Humanitas. [ediciones posteriores de 2000, 2002, 2006, 2010 y 2011].

cambiante en función de las orientaciones del presente?

Los estereotipos nacionales, poderosamente impresos en la conciencia pública, a lo largo del siglo XIX, evolucionarían de manera diferente en función del contexto ideológico y político, así como del grado de maduración de los estudios históricos. Europa Central y Oriental, con sus interminables diferendos de orden nacional, han demostrado ser en este aspecto mucho más conservadores que Occidente. Una «reconciliación» historiográfica rumano-húngara, según el modelo franco-alemán, no se percibe para nada. Si Occidente ha renunciado a seguir acudiendo a la historia para resolver los problemas actuales, más hacia el Oriente, la historia es todavía a un gran costo un instrumento de justificación y de apoyo de unos derechos inalienables. Los rumanos y los húngaros tienen mucho en cuenta sus derechos históricos sobre Transilvania, a veces el único argumento válido en esta controversia es sencillamente la mayoría sustancial de la población rumana en la respectiva región. Desde cuando se desencadenó la crisis de Kosovo, los serbios continuaban insistiendo respecto a sus derechos históricos sobre la provincia rebelde, pero ¿para qué, cuando entonces la gran mayoría de la población es de otra etnia y quiere otra cosa? La insistente evocación del «derecho histórico» demuestra la dificultad de adaptarse al mundo de hoy. ¿Qué sucedería si los indígenas de Estados Unidos apelaran, a su vez, al derecho histórico?

No significa que el abandono de la obsesión nacional liberaría a la historia de la ideología. No importa lo que haga, la historia no tiene cómo desprenderse del tiempo presente. Escapa de una ideología, cae bajo la sombra de otra. Una acción radical de «desprendimiento» tuvo lugar en la historiografía francesa al empezar por los años de entreguerras, mediante la conocida «Escuela de los Annales» inaugurada por Lucien Febvre y Marc Bloch, y enriquecida, después de la Segunda Guerra Mundial, por Fernand Braudel y una completa pléyade de historiadores en una posición netamente dominante, por lo menos en el medio académico. La nueva corriente se separó categóricamente de la historia política y «nacional» privilegiada por las generaciones

anteriores, al abordar el pasado en términos sociales con énfasis sobre la economía, la demografía, las mentalidades, la vida cotidiana..., con el fin de hacer de la historia una ciencia social abarcadora de todo. Lejos —años luz— de la «escuela nacionalista», pero esto no significa que sus seguidores hayan roto con cualquier ideología. Su orientación es de izquierda, al igual como los otros eran de derecha; se inscriben en la constelación ideológica del socialismo francés.³ Son con seguridad más modernos que los viejos nacionalistas, más adaptados al mundo de hoy y a los problemas actuales, más refinados respecto a los métodos de investigación; pero igual demarcados ideológicamente. Una vez más, historia «independiente» no se puede.

La modernidad trae una interminable lista de temas, cada uno de ellos encuentra su lugar en la historia. Las ideologías y, en un sentido todavía más amplio, el multiforme imaginario colectivo invade al pasado y se lo anexa. Quizás los más «ideologizados» son precisamente aquellos que, como Ranke (o los historiadores más recientes de los *Annales*), se declaran libres de cualquier ideología, y esto porque consideran legítima la ideología en que se bañan, tan legítima que no les parece que sea ideología; llega a ser normalidad para ellos. Para Ranke, el Estado, la nación, las élites definían las coordenadas de una reconstrucción del pasado perfectamente objetiva; aunque, de hecho, estrictamente dependiente de la ideología dominante. El proceso de democratización, por el contrario, habría de sacar a la luz las masas, al desplazar el acento de la cúspide a la base de la sociedad, de una manera igual de ideologizada; solo que en sentido inverso. Una vez con la Revolución Industrial, la problemática económica y social llegó a dominar el mundo de los últimos dos siglos, proyectándose masivamente también en la historia, donde antes, brilló por ausencia. Cuanto más nos apropiamos al día de hoy, las proyecciones se multiplican. En un ritmo acelerado, los nuevos temas del presente, cada vez más numerosos y más diversos, se convierten en temas de la historia, empujados de manera fácil de

3 El desciframiento ideológico de la «nueva historia» fue objeto de un destacado libro de Hervé Coutau-Bégarie denominado *Le Phénomène «Nouvelle Histoire»* (1983 y 1989).

la actualidad hacia el pasado más cercano o más lejano. Así, tras los pasos de la demografía, se consolidó la demografía histórica, el actual interés por la estructura y la dinámica de las poblaciones encuentra en la historia un amplio terreno de aplicación y se constituye incluso en mecanismo explicativo para una cantidad de evoluciones. Igual sucedió con la problemática del medio ambiente que los historiadores encontraron cuando todo el mundo llegó a preocuparse por este tema. Además de las oscilaciones climáticas, naturalmente, le interesan ahora las investigaciones del pasado, en cuanto le preocupa a todo el planeta. La climatología histórica se convirtió en espacio de encuentro entre historiadores y especialistas del clima. Al ritmo de la globalización ha crecido la ponderación histórica de las otras civilizaciones mantenidas en la sombra de la historia europea. También así, la relevancia de las mujeres dentro de una historia marcada casi exclusivamente, durante mucho tiempo, por los hombres y los valores masculinos. Igualmente, en función de las recientes evoluciones, han ganado relevancia las comunidades raciales y las minorías de toda clase, en el espíritu actual de la «corrección política». Igual todo lo que son las preocupaciones actuales, todo lo que está en las zonas de interés del mundo contemporáneo, nuestros estados de espíritu, las obsesiones, los modelos... todo encuentra su camino hacia la historia. El cuadro histórico es de esta manera enriquecido ininterrumpidamente, y las interpretaciones ganan en complejidad. ¿Acaso no asumimos, aun así, el riesgo de tratar en términos muy contemporáneos las sociedades, las épocas, las mentalidades tan diferentes del contexto actual? ¿La «corrección política» llevada muy lejos no llega acaso a afectar la «corrección histórica»? Así como sucedió cuando, en el preámbulo del proyecto (abandonado a la final) de la constitución europea, se evitó la inclusión de una sucinta referencia respecto al origen cristiano de la civilización de nuestro continente. Es claro que hoy ya no es más políticamente correcto —y ni siquiera sociológica o culturalmente correcto— definir el proyecto europeo como cristiano, y esquivar esta verdad por diversos motivos de oportunidad política (de pronto: no ofendemos a los «otros»); corresponde pura y simplemente a una

falsedad por omisión.

Hay también un aspecto que complica muchísimo la condición, tan equívoca de la historia. Es la única «ciencia» que pertenece a todos, no solo a los especialistas. Como no tenemos otra cosa fuera de la historia para justificar nuestro lugar bajo el sol, la historia aparece justamente como argumento supremo. «Así lo demuestra la historia», «así nos enseña la historia». Inútil —o, quizás, aún necesario— precisar que no es la historia la llamada a dar testimonio (tampoco tenemos como convocarla), sino las «historias» tan adaptables a cada ideología y a cada proyecto. Con otras palabras, nos salta como ayuda la historia que nosotros mismos hemos preparado para uno u otro papel. En esta óptica la confusión entre «Historia» e «historias» se manifiesta plenamente en consecuencias que pueden ser graves, no solo en el plano teórico. Los grandes mitos, aquellos que ponen en movimiento comunidades enteras, justificados y respaldados por la apelación a la historia, llegan a anexarse hasta el núcleo profesional del campo. La mitología nacional (las naciones vistas como fin último de la historia) o la mitología del mundo nuevo (cambios de los fundamentos de la sociedad), en especial en la variante comunista, fue manejada de forma consciente por generaciones enteras de historiadores. Parece imposible que la historia protegiera su condición científica —el tiempo que fuera—, defendiéndose de la contaminación ideológica y de la presión del imaginario social. Y esto porque —incluso si a los historiadores no les gusta oír algo así— una historia científica y limpia, «no contaminada» de ninguna manera, no existe y tampoco puede existir.

No obstante, los profesionales son mantenidos a raya por un complejo de reglas, por más laxas que sean estas. Fuerzan más rápido las interpretaciones (elásticas, por su naturaleza) que los hechos (de alguna manera «objetivos»). No obstante, el amplio público toma su historia de donde le parece y la trata sin miramientos, llevándola algunas veces hacia elaboraciones completamente extravagantes. Los escenarios conspiradores han gozado siempre de gran popularidad, seducen por su simplicidad y eficiencia al tener el «mérito» de reducir la confusa causalidad

histórica a la fórmula sumaria de un centro único de decisión y mando, donde misteriosas «élites malélicas» disponen, según su antojo, de la suerte de la humanidad. No son pocos los que piden ayuda a los extraterrestres para aclarar los enigmas todavía sin resolver, al comenzar con la aparición del hombre y el origen de las civilizaciones. En lo que tiene que ver con los rumanos, un porcentaje preocupante de ellos están afectados por el síndrome dáxico (enfermedad, parece, sin cura). Pese al hecho de que ningún historiador profesional comparte la creencia, los promotores del mito dáxico están tan firmemente convencidos que Dacia antigua —esto es, el actual espacio rumano— se encontraría exactamente en el centro del universo. De ahí habrían salido todas las naciones y las civilizaciones hacia los cuatro puntos cardinales. Pero en lo que tiene que ver con el origen de los rumanos, ya no se discute más: totalmente dáxico, prueba la lengua rumana, una y la misma lengua hablada por los dacios, así que el rumano no proviene del latín, sino el latín, como también otras lenguas, derivan del dacio. He aquí que fácil se pasa de la periferia al centro: ¡Inventa una historia!

El abuso completo sucedió entonces cuando a unos les pasó por la mente la idea de hacer de la historia una ciencia exacta con rumbo previsible, gobernada por reglas igual de seguras como en la física. El «culpable», se diría, fue Newton, el sabio que puso orden en el universo, sometiéndolo a unas rigurosas leyes matemáticas. Durante dos, tres siglos, el paradigma newtoniano dominó completamente el pensamiento científico. El lugar del orden religioso del mundo lo toma el orden mecánico. ¿Por qué la marcha de la humanidad sería menos ordenada que el movimiento de los planetas? Es absurdo, sostenía Voltaire, imaginarnos que la mitad del mundo está rigurosamente organizado, y la otra mitad vaga al azar. Algo más tarde, hacia mediados del siglo XIX, Auguste Comte en un famoso *Curso de filosofía positiva*, ubica la historia al lado de sociología, bajo el título de «física social». Y el británico Henry Thomas Buckle, autor de un célebre libro en la época, *Historia de la civilización en Inglaterra*, se proponía poner los hitos de una interpretación global de la evolución de

la humanidad, mostrándose perplejo que nadie en la historia, no lograra todavía instituir el orden que Newton le aseguró al mundo físico casi dos siglos atrás. Para los adeptos de una historia lo más científica posible, una cosa parece difícil de entender: el hecho de que la física es infinitamente más simple que la historia, siendo repetitiva, mientras que la historia siempre es otra. Seguro se dice usualmente que la «historia se repite», pero mucho se dice sobre este mundo. La afirmación correcta es que la historia no se repite. Se puede repetir o pueden ser parecidos algunos «componentes» de ella, pero en conjunto es siempre diferente. Si existen dos campos que no se parecen para nada entre sí, esos son ¡historia y física!

Sin embargo, la apuesta de esta errancia intelectual es fácil de entender. El enfoque apuntaba, seguramente, también al entendimiento «total» del producto, pero apuntaba mucho más lejos, hacia el futuro. Así Edmond Halley, aplicando las leyes de Newton, predijo con exactitud el momento del regreso del cometa que lleva su nombre, así mismo, el filósofo armado con la verdadera ciencia de la historia, estará en capacidad de descifrar el pasado; pero, en igual medida, también de prever el futuro rumbo de la humanidad. Es interesante saber de dónde venimos, pero aún es más importante, darnos cuenta hacia dónde vamos.

Tengamos presente (o, mucho mejor, no lo tengamos) las palabras de Hegel: «... lo que es racional es real, y lo que es real es racional». Esta sentencia aplicada al rumbo de la humanidad, ubica la historia bajo el signo estricto de la necesidad. Todo lo que pasa sería inevitable y plenamente justificado.

De Hegel a Marx, no hay una distancia muy grande. Llegamos de esta manera al escenario histórico, de lejos, el más elaborado y más influyente de cuantos se pudo imaginar alguna vez. Al poner en la base de su sistema de interpretación el factor económico y las relaciones sociales establecidas en el proceso de producción (el punto de observación al ser la Gran Bretaña que se encontraba en plena Revolución Industrial), sin descuidar tampoco los otros factores históricos, Marx logró reunirlos a todos y explicar todo. Es una construcción intelectual indiscutiblemente lograda. Es una

maquinaria perfecta. Esto fascinó a muchos intelectuales a los que se les ofrecía «a pedir de boca» el entendimiento de la historia. Sería necesario, por el contrario, ponerlos a pensar. El sistema es muy bonito y muy funcional para que sea verdad. La historia real solo es «perfecta», no es previsible. Ha atraído también de Marx la generosidad social del proyecto; el anuncio, fundamentado científicamente, de un cierre feliz de la historia. Según las leyes de la historia, descubiertas por él, la humanidad sigue un camino obligatorio a lo largo de muchos órdenes. Después de un estadio inicial de igualdad social, comunismo primitivo, se alinean las estructuras sociales caracterizadas por las desigualdades y la «explotación del hombre por el hombre» (esclavismo, feudalismo, capitalismo), después de las cuales la humanidad volvería a la organización igualitaria comunista, pero a un nivel mayor de desarrollo de las «fuerzas de producción» comparado con la fase inicial. Con esto, parece que la historia se cierra.

Marx no se contentó solo con la teoría. La filosofía, decía él, hasta ahora no ha hecho sino intentar explicar el mundo; nuestro deber es cambiarlo.

Él y aquellos que lo seguían mezclaron de esta manera el enfoque filosófico con la acción revolucionaria. Desde luego, la historia se dirige hacia el comunismo, de manera objetiva; pero no sobra darles una mano de ayuda para acelerar las cosas, y así, alcanzar el fin último de la evolución humana.

Fue el más amplio experimento que se haya realizado alguna vez, y sin anestesia, sobre una buena parte de la humanidad. Basado estrictamente sobre la historia, sobre una historia imaginada. Faltaba ser validado por la historia real. ¿Tenía o no que mostrarse el futuro, así como lo esbozó Marx? Pues bien, no se parece ni de lejos. Qué hacemos, también se equivocan los filósofos. ¡Excusas por la molestia!

El comunismo se instauró y se construyó (hasta donde pudo construir) en virtud de una ficción histórica, elevada al rango de una verdad científica irrefutable. Hasta sus adversarios tuvieron la convicción que del comunismo no se sale. Respecto a los líderes comunistas, cuya cultura no sobrepasaba por regla general

los textos fundadores de su propia ideología, su incapacidad de entender que el cuento se acabó, incluso entonces cuando el fracaso final devino más claro que la luz del día, es realmente asombrosa, pero explicable. ¿Cómo se habría de terminar cuando el comunismo era la etapa final y definitiva de la historia? ¿Marx, Engels, Lenin lo escribieron bien claro? Así sucedió que, hasta el mismo Mijaíl Gorbachov, el más iluminado y el mejor intencionado dentro de los conductores del mundo comunista, prisionero de una historia ficticia, se convirtió en el enterrador del comunismo, precisamente por la adopción de unas medidas llamadas a fortalecerlo y a salvarlo.

La deriva del comunismo es un caso extremo, sin embargo, aclarador del mal que puede traer un entendimiento inadecuado de la historia. Por lo menos esta aventura fracasada tuvo la generosidad de demostrar que no existe un curso obligatorio en la evolución de la humanidad, con etapas fijas y un fin previamente establecido. La principal característica de la historia es precisamente la *imprevisibilidad*. Nada es programado. No existe una clave de interpretación. La historia es un juego sin reglas en el que continuamente interviene otra cosa.

II

«¿Por qué?», una pregunta con respuestas múltiples

CON LOS HECHOS, para bien o para mal, nos arreglamos. Cualquiera que sean las aproximaciones y las deformaciones, tenemos a la larga una perspectiva aceptable sobre el despliegue del pasado. Sabemos aproximadamente que sucedió. De una generación a otra, la información se enriquece, se diversifica y deviene más segura. Las cosas se complican, sin embargo, cuando entonces nos proponemos aclarar el proceso histórico, al relacionar elementos dispares en una red de causas y efectos. A la final es el único asunto verdaderamente interesante y con la apuesta innegable: ¿Por qué sucedió todo lo que sucedió y qué se podría esperar de ahora en adelante?

Los historiadores han sido siempre conscientes de la necesidad del «por qué», pero muy poco o para nada perturbados por la dificultad real del problema. Los antiguos dieron el primer ejemplo: ni Tucídides ni Polibio se conforman con contar la historia, sino que proponen explicarla. La historiografía moderna amplió la dimensión explicativa: tenemos, para cada acontecimiento o evolución, explicaciones en abundancia y, con seguridad, también se agregarán otras.

¿Pero cómo explica el historiador? ¿Cómo explicar? Pensando. Se piensa que así debe ser, así se relacionan las cosas de manera racional y lógica. ¿Quién nos puede contradecir? Eventualmente, otro historiador, quién vendrá con otra explicación. La verdad es que nos encontramos con un enfoque puramente «cerebral», que tiene su valor en sí mismo, pero no por ello pocos límites por superar. El historiador puede afirmar mucho, pero no demostrar nada cuando se discuten no tanto los hechos en sí mismo, como la lógica y la modalidad de sus relaciones. ¿No podemos estar seguros ni de las conclusiones que parecen evidentes? ¿Así por hoy, pero será igual también mañana?

Nos embrolla el exceso de acontecimientos, el enjambre de los hechos que introducen en la marcha de la historia una apreciable dosis de casualidad. ¿Qué sería si escapamos de ella? Una historia sin acontecimientos sería más fácil de dominar. Para ello debemos, sin embargo, decidir primero cuáles acontecimientos, sin importar cuán espectacular se presenten; lo que no significa en el fondo gran cosa. Araña, como mucho, la superficie de la historia, pero no actúa en profundidad. Con o sin ellos, con unos en lugar de otros, nos encontramos casi donde nos hallamos. Eliminando o marginalizando los «acontecimientos», el historiador se puede concentrar sobre las *estructuras* masivas (económicas, sociales, demográficas, mentales...), con una evolución más lenta o menos «previsible», como sea más obediente de las reglas. Esta manera de abordar habría de asegurar, hacia mediados del siglo pasado, el impacto de la «nueva historia» francesa, de la corriente historiográfica agrupada alrededor de la revista *Annales*. En su célebre trabajo *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (1949), Fernand Braudel disponía a la historia en tres niveles: la base, las estructuras cuasi inmovibles de las relaciones esenciales hombre-medio; el medio, las evoluciones relativamente lentas, socioeconómicas; y superior, «apartando un poco la mirada» pero sin gran impacto, el enjambre de acontecimientos políticos y militares. Emmanuel Le Roy Ladurie, destacado integrante de la «nueva historia», habría de escribir un

texto sobre la *Historia inmóvil*, título chocante bajo el cual sitúa la totalidad de la historia de Francia de 1400 a 1700, llena, con seguridad, de todo tipo de acontecimientos; pero en el fondo casi inmóvil, una vez que los indicadores económicos y demográficos se presentaban sin cambios al final del intervalo frente al momento inicial.

Fácil es observar que la depreciación de los acontecimientos pasa por la amputación abusiva del concepto de acontecimiento. No solo los hechos políticos y militares, no solo las «batallas» puestas de manera exagerada en relieve por la historiografía del siglo XIX (esa *histoire-batailles* denunciada por la corriente de los *Annales*), son acontecimientos; y también lo es todo lo que se mueve en la historia, incluso las contribuciones esenciales de la marcha de las civilizaciones como el invento de la imprenta, de la máquina a vapor o del bombillo eléctrico. La historia es un juego interminable de acontecimientos. Sus partículas elementales, individuos y grupos, accionan e interaccionan de manera tal en una multitud de redes, de conexiones y de combinaciones. Un proceso aleatorio, con muchos factores implicados y, en consecuencia, con resultados imposibles de anticipar. Con mayor razón cuando no es un simple movimiento mecánico, sino un movimiento impregnado de actitudes humanas, de representaciones, de reacciones, de decisiones extremadamente fluctuantes. Aparece aquí la diferencia más evidente entre «Historia» e «historia». En la «historia» sucede exactamente lo que debe suceder, mientras que en la Historia verdadera no sabemos nunca lo que va a pasar, porque no debe necesariamente suceder una u otra.

La causalidad muy simplificada por los historiadores (inevitable, de otra manera, si deseamos una reconstrucción inteligible) deja la impresión que un determinado hecho o una determinada situación conduciría automáticamente a una determinada consecuencia. Evidente, al final las cosas suceden así, habida cuenta que la historia se juega una sola vez. Si se retomara la pieza, podría haber sorpresas; con los mismos factores en juego, despertarnos con otro desenlace.

Por otra parte, los historiadores se marginan de algunas conexiones, a las que consideran, con más o menos argumentos, verdaderamente esenciales para explicar un fenómeno. Pero en la historia real, la causalidad no es selectiva, sino que se extiende interminablemente. Cualquier cosa que suceda tiene a espaldas la totalidad de la historia anterior. La Segunda Guerra Mundial (para tomar un ejemplo al azar) fue determinada no solo por algunas causas inmediatas, lo más evidentes posibles, sino también por todo lo que tuvo lugar anteriormente en el mundo, todas las evoluciones sociales, tecnológicas, políticas, ideológicas, culturales y así sucesivamente. Si la historia hasta 1939 fuera diferente, distintos hubiesen sido los años posteriores.

La verdad es que, en este tejido cargado de causas, no sabemos nunca qué es más o menos importante. Podría ser que, en algunos momentos, un simple accidente tenga un papel más significativo del que podríamos imaginar. ¿Qué hacemos con Hitler? ¿La historia sería la misma, también sin él? Difícil de creer. Puedo imaginarme la Segunda Guerra Mundial (con algunas modificaciones de rigor) sin Roosevelt, sin Churchill e incluso sin Stalin. No logro, sin embargo, imaginármela con ausencia de Hitler. Me es imposible ver, sin el nazismo que llega al poder en Alemania, y luego, todos los pasos que condujeron al gran conflicto. Aquí tenemos un problema en la interpretación de la historia. ¿Hacer depender su marcha en tal medida de la aparición en el mundo de un individuo (acontecimiento menor y fortuito que podría perfectamente no haber ocurrido) y de las frustraciones que acumuló a lo largo de su existencia? Por supuesto, como ya he dicho, la Segunda Guerra Mundial se explica por una multitud de causas, para ponerla en movimiento fue necesario una determinada historia anterior, de un determinado mundo, de una determinada Alemania; pero, una vez más, ¿le tendríamos sin Hitler? ¿Alguien puede dar la respuesta?

Recientemente, el debate alrededor de la causalidad y la relación entre los hechos históricos se enriqueció con un nuevo concepto. Es el *cisne negro*, invocado por Nassim Nicholas Taleb en

un libro de resonancia⁴. Al igual que con el cisne negro, la aparición insólita en una especie conocida por su blanco inmaculado, también tienen lugar en la vida social acontecimientos inesperados que rompen, a veces de manera dramática, la marcha acostumbrada de las cosas. De ahí, la imprevisibilidad de las futuras evoluciones. La observación es correcta, pero debe ser complementada con la constatación de que los «cisnes blancos» no actúan de manera tan predecible. Cualquier hecho, por banal que sea, puede tener muchas consecuencias —a veces contradictorias—; y con mayor razón, la multitud de hechos que, en la historia, interactúan de diferentes formas. Somos derrotados por una ilusión óptica. Porque las cosas se suceden de una forma tal —y, evidentemente, no habría cómo desarrollarse de manera concomitante de muchos otros modos— que llegamos a imaginarnos, sin fundamento, que no existe para cada ocasión sino una sola solución, un único desenlace posible.

Y es suficiente mirar alrededor nuestro para observar «en directo» cómo se fabrica la historia, momento tras momento. Cada vez, tenemos al frente muchas maneras que parten del mismo punto, y todas, en principio igual de «practicable». A menudo, una diferencia mínima, para nada «obligatoria», crea las diferencias entre la historia real y otra historia posible, pero que no ha tenido ocasión de materializarse. Hitler llegó al límite del poder en Alemania; podría no haber llegado, y entonces cómo se mostraría hoy el mundo, sin haber pasado por el nazismo, por la Segunda Guerra Mundial, por la expansión del comunismo consecuencia de esta guerra y así sucesivamente. El reciente referéndum que decidió la salida de la Gran Bretaña de la Unión Europea podía, igual de bien, no hacerse o cerrarse con la victoria de los partidarios de Europa. ¿Y entonces?

Tocamos aquí la delicada cuestión de la «historia contrafactual». ¿Qué hubiera sido si...? A los historiadores, en general, no agrada este tipo de especulaciones. ¿Cómo y por qué

⁴ Taleb, N. N. (2007), *The Black Swan. The Impact of the Highly Improbable*, Penguin; versión rumana: *Lebăda neagră. Impactul foarte puțin probabilului* (2010). Curtea Veche [V. Zaicu, Trad.]; versión española: *El cisne negro. El impacto de lo altamente improbable*. (2008). Paidós [R. Filella, Trad.].

investigar y comentar aquello que no sucedió? ¿Acaso no es la historia real suficientemente complicada para agobiarla con escenarios ficticios? No obstante, en realidad, cuantas veces se proponga explicar indiferente que cuestión el historiador apela, incluso sin darse cuenta, a una argumentación contra-factual. Cuando decimos, por ejemplo, que Alemania nazi es la principal responsable del desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial, afirmamos implícito que, en ausencia del nazismo, no se habría llegado, probablemente, a semejante conflagración. Cualquier interpretación implica la presencia discreta, «en filigrana», de una potencial historia diferente.

Dicho esto, no es menos verdadero que los historiadores «contra-factuales» se toman muy en serio su trabajo. No se conforman con afirmar en abstracto que, por la eliminación o modificación de un hecho, la historia posterior no sería plenamente la misma; sino que se proponen, de la manera más juiciosa posible, reconstituir punto por punto la historia paralela imaginada. Llegan a proceder de manera, igual de rígida, como los especialistas de la historia real poniendo, como estos, la relación de los hechos bajo el signo de la necesidad. ¿Pero si bien la historia real no es tan segura (una vez que ella permite variantes contra factuales), por qué sería más seguro uno u otro escenario de la historia contra-factual?

¿Qué hubiera pasado en Waterloo, en el fatídico día del 18 de junio de 1815, si Napoleón, en lugar de ser derrotado, hubiera ganado la batalla? Es uno de los problemas clásicos de la historia contra-factual. Las respuestas son múltiples, conducen a numerosas historias «posibles». Podemos, en verdad, imaginar cualquier cosa: ya sea la derrota del emperador en una batalla posterior, de esta manera un resultado similar; ya sea la terminación con una paz como compromiso; ya sea la reanudación del expansionismo napoleónico; ya sea... ¡qué sé yo! Razonable sería, en este tipo de hipótesis, no aventurarnos muy lejos. Seguro es apenas que, si hubiera ganado en Waterloo, simple y llanamente, en el momento, el emperador no hubiera perdido el trono y no hubiera sido obligado a entregarse a los ingleses.

Qué hubiera pasado al empezar los días posteriores, nadie tiene de dónde saberlo. La historia contra factual, cuando ambiciona construir escenarios complejos, no es mucho más que un juego. Es no obstante un juego basado sobre una verdad, aquella que la historia no ha escrito antes, pero sus caminos potenciales son múltiples.

Sería fascinante poder dar marcha atrás al tiempo y retomar la historia en un momento cualquiera. Sin cambiar nada de los datos existentes. No es nada seguro que la consecuencia sería igual a la que conocemos. Se podría, muy bien, que exactamente de los mismos elementos resulte otra historia. Lo que demostraría —en un experimento lamentablemente imposible— que no existe un recorrido obligatorio, sino apenas un inagotable juego de posibilidades.

Los individuos hacen la historia, pero no son capaces de dominarla. La Historia, su obra, los domina a ellos.

III

Ejercicio de interpretación: génesis de la civilización occidental

¿QUIÉN HUBIESE PODIDO IMAGINAR, mil años atrás, la fabulosa carrera de Occidente? La parte extrema de esta separación del bloque euroasiático no se encuentra en absoluto en un estado floreciente. ¿Qué posibilidades le daríamos, al viajar en el tiempo, con los medios actuales de observación y análisis, y al hacer abstracción, claro está, de lo que sabemos que sucedió? No muchas, probablemente. Era un mundo muy pobre, en plena anarquía y con la alfabetización, así como quedó después del derrumbe de la civilización antigua, refugiado entre los muros de los monasterios. Carlomagno, el primer unificador del espacio europeo occidental, antepasado mítico de la Europa de hoy, se ocupó apenas en la vejez de aprender a escribir y leer, difícil actividad con resultados no precisamente satisfactorios. Este fue el punto de partida de un proceso histórico que habría de cambiar el mundo.⁵

⁵ Sigo en líneas generales, en este capítulo, mi propia argumentación respecto a la génesis y evolución de la civilización occidental. Esta se puede encontrar en *L'Occidente. Une interpretation historique* (2007). Les Belles Lettres; versión rumana: *Occidentul: o interpretare istorică* (2007). [E. Marcu, Trad.] Humanitas. Un trabajo clásico sobre el tema es el libro de Landes, D. S. (1998). *The Wealth and Poverty of Nations. Why Some are so Rich and Some so Poor*. Versión rumana: *Avușia și sărăcia națiunilor. De ce unele țări sunt atât de bogate, iar altele atât de sărace* (2013). [L. Dos, Trad.] Polirom. Igualmente, el reciente trabajo de Acemoğlu, D. y Robinson, J. A. (2012). *Why Nations Fail: The Origins of Power, Prosperity, and Poverty*. Cronwn.

Reconozcamos la total incapacidad de anticipar. Así hubiéramos podido tener todos los datos a disposición. Así partió Occidente, de ese punto, y con el equipaje mínimo que tenía. Estamos ahora aquí e intentemos discernir lo que ni en un millón hemos logrado identificar. No obstante, tenemos la excusa de una indeterminación objetiva: las cosas sucedieron de cierta manera, pero nada las obliga a que sucedan así. El presente se explica por el pasado; es una de las materializaciones posibles de unos posibles escenarios múltiples. Por esta razón, nos es más fácil «precisar» lo que fue, que lo que va ser.

Ahora sabemos qué ha pasado e intentamos explicar en lo posible (es decir no hasta el final, y de una manera muy aproximativa) la más radical mutación que ha conocido la historia. El hecho es que Occidente en un momento dado tomó un rumbo propio y creó un tipo de civilización muy diferente a todas las otras.

¿Qué trajo de diferente esta inédita civilización? Lleva la marca casi total del modo de vida actual y casi todo lo que nos rodea. En contraste con el inmovilismo civilizador tradicional, Occidente se lanzó a una historia dinámica, animada por la idea de progreso y creencia en la perfección de la sociedad y de la condición humana. En la «línea de partida» los árabes y los chinos eran mucho más avanzados en materia de conocimientos científicos y realizaciones tecnológicas. Antes de Occidente, los chinos inventaron lo esencial: el papel, la imprenta, la brújula, la pólvora... Pero todos estos eran conocimientos e invenciones que no servían para gran cosa; con o sin ellas, la sociedad seguía siendo la misma, la historia no se mueve de lugar; incluso prestando de los otros, en una fase inicial, Occidente manifestó, desde el primer momento, otro espíritu: una mentalidad «transformista» que no encontramos en otros espacios de civilización. Se le debe a la ciencia experimental, la intersección entre ciencia y tecnología, revolución científica y revolución industrial, sociedad tecnológica y, más recientemente, sociedad postindustrial. También Occidente afirmó, por lo menos parcialmente, y logró transponer en realidad los principios de base de la democracia: libertad e igualdad. Imaginó

la separación de poderes en el Estado y creó el Estado de derecho. Se le debe, igualmente, la ideología nacional y el Estado nación. Cualquiera puede agregar más, hasta los detalles más pequeños de la vida cotidiana. Incluso la ropa con la que nos vestimos es también de factura occidental. Seguro, el paquete incluye cosas menos encomiables, la arrogancia de una civilización, muy segura en un momento dado de su superioridad; el expansionismo; el colonialismo; el racismo; hasta la responsabilidad histórica de las dos guerras mundiales. Sin embargo, conviene destacar que Occidente mismo ha expresado su *mea culpa*, al denunciar con ella misma sus pecados, a veces más allá de la medida; algo que los otros implicados en el asunto no se afanan en hacer. Y ahí está cómo el detestable fenómeno del esclavismo y el comercio de esclavos, cuya responsabilidad cayó en su totalidad sobre el mundo occidental pese al hecho de que los árabes lo practicaron mucho antes y en mayor escala —también las mismas tribus africanas—, contribuyeron al suministro de «materia prima». De la misma manera, se denuncia la Inquisición y las quemas en la hoguera, sin tener en cuenta que la represión sucedía precisamente porque era algo de reprimir: inició en Occidente un movimiento libre de ideas sin equivalente en otros espacios de civilización. En una primera fase se chocó con la intolerancia de la ideología y de las instituciones dominantes; sin embargo, con el paso del tiempo el pluralismo ideológico y político se convirtió en una norma aceptada por las sociedades occidentales. Los criterios de hoy de la «corrección política», en nombre de la cual se denuncia con fiereza el pasado de las sociedades occidentales (nada más simple, y también no razonable que combatir los valores de ayer a través del prisma de los valores de hoy, esperando que llegue el momento para combatir también los valores de hoy a través del prisma de los de mañana), son también generados por la cultura occidental. Occidente continúa dando el tono: ha llegado a ser combatido con sus propios argumentos.

Sin embargo, para el historiador la apuesta no es la de poner sobre dos columnas lo que es bueno y lo que es malo en la civilización occidental, sino la de desentrañar los factores que se

pusieron en movimiento y le aseguraron éxito. Sabemos ya cómo están las cosas en este tipo de indagaciones; no tenemos que tratar directamente con la Historia, sino con sus representaciones, y tampoco podemos experimentar, sino apenas avanzar diversas interpretaciones imposibles de verificar, incluso cuando parecen ser las más convincentes.

Un método que parece sólido es el de hacer el inventario de las diferencias. Es de presumir que precisamente en estos rasgos específicos se encuentra el fermento que empujó al mundo occidental en la dirección conocida.

En primer lugar, llama la atención el hecho de que la ascensión de Occidente es seguida de un colapso: la caída del Imperio Romano de Oriente. Esta es vista en la historiografía tradicional como un acontecimiento con fecha precisa: año 476. En realidad, es un completo proceso de desmembramiento y de transformaciones que se extiende por muchos siglos. Este mundo, implicado en una prolongada fase de anarquía, liberado de las coerciones de un marco social y de unas instituciones rígidamente estructuradas, de modo objetivo ofrecía la posibilidad de un nuevo comienzo, de unas elaboraciones diferentes. Una posibilidad ni mucho más, ni mucho menos.

Luego tenemos que tratar con un mundo cristiano, lo que significa, frente a la Antigüedad y también en relación con las otras civilizaciones, un enorme cambio de perspectiva. Para entonces, la historia no llevaba a ninguna parte. Una vez con el cristianismo, por el contrario, la historia gana una orientación precisa desde la creación hasta el juicio final. Es un rumbo hacia la perfección y hacia la salvación. El cristianismo inventa de esta manera el futuro, dimensión no significativa hasta entonces y no, mucho menos en una primera variante, la idea de progreso tan característica de la civilización occidental. Y todavía hay algo más: la perfección y la salvación son promesas para toda la humanidad, la misión de la religión cristiana es aquella de unificar el mundo mediante la palabra de Dios.

La caída del Imperio Romano de Occidente tuvo como consecuencia la desaparición de la frontera entre el espacio latino

y el espacio germánico, y puso en movimiento el proceso de fusión de estas fuerzas de zonas de civilización diferente. Una importante reelaboración cultural y también económica, en especial en lo que respecta a la agricultura, principal rama de producción en un mundo casi exclusivamente rural. El perfil predominantemente vegetal del espacio mediterráneo (el pan, el vino, el aceite) se fundió con la estructura claramente ganadera de la economía nórdica (la carne, la leche), de donde resultó una economía agraria de una complejidad sin igual en todo el mundo (comparable con el peso aplastante de una sola planta en la China: el arroz). Se agrega también la riqueza forestal, otra ventaja importante en un mundo que, hasta la Revolución Industrial, era en el fondo —en primer lugar y principalmente— una civilización de la madera.

En el plano de las relaciones interhumanas, el Occidente medieval registra un plus de libertad frente al resto del mundo. La condición servil desaparece una vez con el Imperio Romano. Una decadencia demográfica acentuada hace que la fuerza de trabajo se convierta en escasa y, en consecuencia, más valiosa y respetada. La fragmentación territorial y el déficit de autoridad conducen en la misma dirección: una más grande autonomía del individuo. El sistema feudal no es para nada arbitrario; se muestra en todos los niveles con un tejido de derechos y obligaciones, lo que le confiere un carácter contractual, diríamos pre moderno. Y, claro está, de nuevo se debe evocar al cristianismo: frente a Dios, todos los hombres son iguales. El Occidente medieval es una línea de partida de las evoluciones democráticas.

Sería también una ventaja la diversidad geográfica, la variedad de las condiciones del medio que tienen como consecuencia la complejidad económica y la intensidad de los intercambios comerciales. El clima presentaría el más feliz equilibrio sin excesos, moderado por la cercanía al océano, con diferencias bien marcadas, pero no excesivas entre estaciones, con el nivel adecuado de humedad. Y, para que todo marche lo mejor posible, los climatólogos identificaron también una fase de «óptimo climático» la cual logra el apogeo exacto en el momento del despegue económico (el siglo XII). La colonización del

litoral de Groenlandia, isla llamada, casi de manera irónica para nosotros, ni más ni menos que «País verde» ilustra un fenómeno de calentamiento con consecuencias favorables para la extensión de los cultivos y el rendimiento agrícola.

Los historiadores también llaman la atención sobre las virtudes del fraccionamiento político y económico, situación de alguna manera similar con la de la Antigua Grecia, que por su naturaleza estimula los intercambios, la competencia, la emulación.

Se entiende que estos rasgos generales se completan y matizan por una cantidad de trazos regionales y locales. Un torrente de explicaciones. Pero, ¿qué hacemos con todo este remolino? Son, seguro, elementos que deben ser tomados en consideración. Es de presuponer que se le agregarán otras en función de las futuras orientaciones de las investigaciones históricas. Pero, todavía no entendemos muy bien cómo sucedieron concretamente las cosas, cómo funcionaron cada una de las piezas del engranaje, cuál fue la ponderación y la contribución específica de cada uno de estos factores. Si las tuviéramos a todas al alcance de la mano, ¿lograríamos realizar el mismo recorrido? Difícil de creer. ¿Un Occidente «no cristiano» y, teniendo a todos los factores iguales, cómo se comportaría? Un Occidente en el que el Imperio Romano, ¿continuaría existiendo? No existen respuestas, o existen tantas cuanto seamos capaces de imaginar.

Después del año 1100, constatamos en verdad cómo, de una manera algo brusca, la población empieza a multiplicarse, los cultivos a extenderse y el rendimiento agrícola a crecer. Sucede lo que algunos han nombrado una primera «revolución industrial», basada en principio sobre la energía hidráulica. Igualmente, la vida urbana alcanza un auge espectacular en un Occidente, hasta entonces, masivamente rural. Asistimos al comienzo de la modernidad en plena Edad Media. Es de presuponer que diversos factores se potencian recíprocamente y producen, en última instancia, un efecto de avalancha. La explicación por añadidura la tenemos a la mano; pero la química íntima del fenómeno se nos escapa. ¿Cómo identificamos el impulso inicial, el momento de

ruptura?

Las Cruzadas (la primera de ellas en 1096 y la última en 1270) son un fenómeno asombroso, expediciones que, también hoy, no sería fácil de poner en marcha. ¿Pero, con la tecnología de entonces y teniendo que enfrentar la inmensidad de las distancias (medidas en espacio/tiempo, recorrer el Mediterráneo de un extremo a otro «dura» casi dos meses)? Y, sin embargo, Occidente decidió asumir sobre sí mismo el destino de la humanidad. Jerusalén no es un punto cualquiera, sino un centro simbólico del mundo. La entrada en Jerusalén marca lo que debería ser un paso decisivo en la eliminación de la incredulidad y la unificación religiosa de la humanidad; la realización de los evangelios se muestra próxima. Este mundo, aún pobre de Occidente, dotado con medios modestos, si bien no logró el objetivo supremo, alcanzó no obstante la hazaña de conquistar los lugares santos y de instalarse allá, en Oriente, por casi dos siglos.

¿Qué impulsaba a los occidentales más allá de su propio espacio de civilización? La creencia religiosa, seguro. Y también las riquezas, reales o imaginarias de Oriente, que estimulaban la imaginación de los «pobres» de Occidente. Y no menos una curiosidad sin límite no encontrada en otros espacios de civilización.

No solo las Cruzadas son testimonio de este estado de ánimo. Ahí están los occidentales llegando en el siglo XII hasta China. Marco Polo es apenas uno entre ellos. Ninguno de los chinos recorre el rumbo inverso hacia Occidente. ¿Por qué? Evidente, no les pasó por la mente, no les interesó. Incluso también a los árabes, que son grandes viajeros, no parecen muy curiosos en encontrar qué sucede más allá de los límites, es verdad, muy amplios del espacio islámico. Mientras que la obsesión de los occidentales es descubrir el mundo hasta el fin, encontrar todo, anexarse todo.

El resto llegó por sí mismo en un irresistible encadenamiento; ciencia moderna y tecnología, así como la explotación y el dominio del planeta. La sed de conocimiento y la sed de dominación son las manifestaciones entrelazadas de ese mismo formidable ímpetu. Por más que identifiquemos los ingredientes de esta síntesis,

la receta se nos escapa; no estamos en condición de repetir el experimento.

No voy a esconder el hecho de que hay otras opiniones respecto a las relaciones entre el mundo occidental y el resto del mundo. Unos historiadores no aceptan de ninguna manera un tipo de supremacía de Occidente, hasta más tarde, hacia finales del siglo XVIII (o incluso hasta mediados del siguiente siglo). Según ellos, las economías asiáticas fueron igual de exitosas. Invocan como prueba el PIB per cápita, casi el mismo hacia 1800, en Europa Occidental y en China. Queda creer en estas cifras que, evidentemente, son reconstrucciones frágiles, totalmente discutibles, de alguna manera «inventadas» (incluso relacionadas con la economía actual, con todos los datos al alcance del PIB, el cual se calcula según diversos métodos, con resultados para nada idénticos). Este «igualamiento» entre Occidente y los «otros» parece más bien una proyección retrospectiva de las actuales evoluciones y las vigentes relaciones de poder: ¡Una China hoy tan exitosa no puede también, devenir exitosa en el pasado! Pero, por más igualdad económica que hubiese existido, la superioridad de Occidente, en vísperas de la Revolución Industrial, no se limita estrictamente a la estadística de la producción material. Occidente produjo a Newton, dio a Montesquieu. Estaba en la vanguardia de todos los campos; de la ciencia y la tecnología a las grandes realizaciones políticas y sociales, en el espíritu de la libertad y la democracia.

Sin embargo, ¿hubiese podido China, desde entonces, competir con Occidente? Cerca de un siglo antes de Colón, inmediatamente después del año 1400, una gigantesca flota china se lanzó en una vasta acción de exploración, lejos de las costas del gran imperio. ¿Tenía China alguna oportunidad de ganar, en detrimento de los occidentales, la carrera de los «grandes descubrimientos geográficos» (con su consecuencia, asumir el dominio del mundo)? En teoría, puede que sí; sin embargo, el proyecto fue rápidamente abandonado. China concentró todas sus fuerzas y recursos en el interior (era, como sea, un país inmenso), mientras que Occidente se desbordó hacia fuera. Las

evoluciones recientes demostraron la extraordinaria capacidad de los chinos de cambiar la dirección al salir del aislacionismo tradicional y lanzarse hacia una política mundial de envergadura. ¿Si hubiese hecho este movimiento desde 1400? La historia se hubiera desarrollado de otra manera.

¿Acaso sin Occidente, o con un Occidente que no hubiese salido de la línea quedándose en la tradicional fórmula de civilización, habríamos llegado de todos modos, por otras vías, allí donde nos hallamos? ¿O viviríamos hoy en un mundo pretecnológico, esperando que en el futuro un osado navegador se atreva a descubrir América? La pregunta parece ingenua, pero es esencial, no tanto por lo que fue, sino para lo que va a ser. ¿Existe acaso una fuerza objetiva que empuja a la humanidad hacia un camino ascendente? Y entonces, ¿con o sin Occidente, hubiésemos llegado al mismo sitio?, ¿con o sin Occidente, vamos a ir más lejos, más arriba (así como sucedió, de hecho, desde la prehistoria hasta hoy) o, por el contrario, nada garantiza el progreso «interminable», cualquier evolución al ser reversible?

Supongo que no esperan que responda a esta pregunta.

IV

Segundo ejercicio: la Revolución Francesa

LA DIFICULTAD DE TRANSPONER lo imprevisto y la fantasía de la Historia real en el registro rígido de las interpretaciones historiográficas alcanza a veces unos niveles asombrosos: es el caso de la Revolución Francesa. Por más que nos hayamos esforzado para ubicarla en patrones lógicos, este capítulo sigue siendo rebelde. ¿Realmente era necesario semejante gasto de energía y de imaginación? Se diría, con relación al resultado obtenido. El Antiguo Régimen apenas se mantenía en pie, un empujón habría sido suficiente para derribarlo. Sin embargo, con esto, la Revolución, en lugar de considerar cumplida su misión, apenas ahora la inicia y, de un episodio a otro, no da señales de tener intenciones de tranquilizarse. François Furet observa que nada se parece mejor con la sociedad francesa de los tiempos de Luis XVI, que la sociedad francesa de la época de Luis Felipe, así Francia prerrevolucionaria con Francia posrevolucionaria. ¿Y entonces? Los otros países occidentales han pasado incomparablemente, más suave, del «antiguo régimen» a la modernidad, e incluso

algunos de ellos de manera más eficiente. No es difícil demostrar que la Revolución, con sus múltiples consecuencias, ha frenado más que acelerado las evoluciones de la sociedad francesa. No solo no ha dinamizado el desarrollo capitalista-industrial, sino que le puso palos en la rueda mediante la consolidación del medio rural tradicional, como consecuencia de una importante transferencia de propiedad de la nobleza y la Iglesia hacia el campesinado. Adicionalmente, Francia conoció, una vez con la Revolución, un tiempo cercano a dos siglos, un formidable (y único, en Europa y en el mundo) estancamiento demográfico. La natalidad literalmente se derrumbó, lo que hace que el país, hasta hoy, pese a un espectacular resurgimiento registrado después de la Segunda Guerra Mundial, esté aún «despoblado» comparado con las otras naciones occidentales. Con una densidad comparable con la de Gran Bretaña o Alemania, sería hoy, como en los tiempos de los reyes o de la Revolución, —de lejos— la nación europea más poblada, comparable solo con Rusia (aproximadamente 140 millones de habitantes, frente a 65 millones en realidad), tras las evidentes consecuencias sobre su *status* de gran potencia. Los motivos del declive demográfico, no del todo aclarados (pero en historia nada está del todo aclarado), son buscados por los historiadores en las estructuras sociales posteriores a la revolución; en el predominio de la pequeña propiedad, con la tendencia natural de cada uno de los propietarios de conservar los bienes o de ampliarlos, y de no fragmentarlos mediante demasiados herederos; así como, por otra parte, en el proceso de acentuada desacralización que alejó de la Iglesia y de la moral religiosa a buena parte de la población francesa. Los trastornos políticos, uno tras otro, y el largo encadenamiento de las guerras revolucionarias y posrevolucionarias ofrecieron al mundo entero un extraordinario espectáculo de fuegos artificiales; pero no fue a la final, a favor de Francia.

Mucho más que eso: la Revolución imprimió en este país un estado de prolongada efervescencia e inestabilidad. Durante dos siglos, fórmulas de gobierno contradictorias se apilaron y sacudieron la sociedad exactamente como réplicas sucesivas de

un terremoto.

Comparemos: Inglaterra, desde finales del siglo XVIII hasta hoy, no ha conocido ningún cambio de sistema político, sino apenas adaptaciones del mismo régimen monárquico-parlamentario instaurado luego de la corta y pacífica revolución de 1688. Desde 1787, los Estados Unidos de América son gobernados con base en la misma constitución. Otros países, es verdad, pasaron por algunos cambios de régimen. Pero semejante inestabilidad política como la de Francia no se encuentra en ninguna parte, en todo caso no entre los países avanzados del mundo.

En primer lugar, la monarquía-parlamentaria empieza desde 1789 hasta 1792; luego, la Primera República dividida a su vez en el período de la Convención nacional (1792-1795), y esta con tres fases sucesivas: girondina, jacobina y termidoriana; la del Directorio (1795-1799); y la del Consulado (1799-1804). Sigue el Imperio, entre 1804 y 1814, con un breve retorno en 1815. Después de este, la Restauración monárquica de 1814 (con una corta interrupción en 1815) y hasta 1830, y todavía una monarquía («Monarquía de julio») entre 1830 y 1848. Luego, de 1848 hasta 1852, la Segunda República; seguida del Segundo Imperio, entre 1852 y 1870. En 1870-1871, corto paréntesis (pero radical y con impacto ideológico duradero) de la Comuna de París. La Tercera República entre 1870 y 1940. El Régimen de Vichy («Estado francés») de 1940 a 1944. La Cuarta República entre 1944 y 1958. Y, finalmente, la Quinta República, inaugurada por Charles de Gaulle en 1959 (última por el momento). Hay voces que sostienen la necesidad de pasar a la Sexta República: ¡duró *mucho la quinta!*

Evidentemente, no era «obligatorio» que todo esto sucediera. Ciertamente sucedió. Y entonces, los historiadores comenzaron la carrera de dar explicaciones, ¿Qué otra cosa hacer? Muchas explicaciones corren el riesgo de dejar en la sombra el imprevisto de las evoluciones, dependiendo de la liberación incontrolable de energía y de manifestaciones que, por más que intentemos «racionalizarlas», ¿se inscriben rápidamente en la zona irracional de la psicología colectiva? El tono lo da, desde el comienzo, el 14 de julio de 1789, la conquista de la Bastilla, la famosa fortaleza-

cárcel del corazón de París. Es el momento simbólico de referencia de ruptura del régimen absolutista y de entrada a la nueva era de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad. El 14 de julio se convirtió, por otra parte, en el día nacional de Francia. El símbolo es perfecto, nada qué decir. No obstante, no corresponde mucho con la realidad. Con el precio de un gran número de víctimas (entre atacantes, en primer lugar; y después de entregarse, toda la guarnición fue masacrada), los insurgentes penetraron en el terrible lugar de detención y de tortura donde, para siempre, la monarquía arrojaba a sus enemigos al olvido. Se encontraron con una sorpresa de proporciones: la cárcel estaba casi vacía y ninguno de los cautivos se encontraba allí por motivos políticos. Los historiadores pasan rápidamente por encima de este aspecto, muy vergonzoso. Esta incongruencia no disminuye el significado simbólico del momento, es apenas una cuestión elemental en historia hacer la distinción entre símbolos y realidades.

El imaginario revolucionario es quizás más significativo para la comprensión de la Revolución que la situación real de Francia. Sin minimizar las motivaciones concretas de orden político y socioeconómico, el monumental espectáculo invita insistentemente a una lectura en clave mitológica. Y, no en menor medida, a tomar en consideración unos componentes «irracionales», imposibles de traducir en un registro «lógico».

¿Cómo interpretar el «terror jacobino» (1793-1794), aquel «pico» de la Revolución? Seguro, los jacobinos tenían una difícil misión: hacer frente al peligro combinado de la invasión exterior y de los movimientos adversarios del interior. No obstante, tuvieron un proyecto de sociedad, en gran parte utópico: centralizador, unificador, igualitario, unánime; características que prefiguran las soluciones totalitarias posteriores. Pero tampoco la defensa de la «patria en peligro», ni la tentación utópica, ni ningún otro argumento que hubiese, no tienen cómo explicar por completo el estado de histeria y de fascinación por el derramamiento de sangre que cubrió a los líderes y a una parte de la población. Es absurdo considerar que todo esto entraría en un escenario «normal» y «obligatorio».

Y, como si no fuera suficiente la sucesión de episodios desconcertantes, Francia revolucionaria terminó por «inventar» también a Napoleón. Hasta un punto, el proceso es fácil de entender: el fracaso de una revolución inestable e incapaz de encontrar una solución equilibrada de gobierno, pasó a un régimen de mano dura (con rasgos de dictadura militar), bajo la forma del Consulado y, luego, la del Imperio. Pero, sobre todo amplificándola de sobremanera, se fijó la huella personal de aquel que fuera el general Bonaparte y luego (de 1804) el emperador Napoleón. Cómo se mostraría la historia sin él, nadie sería capaz de decirlo. Y no están en discusión sucesos superficiales, aquel conjunto de «acontecimientos» menudos repudiados por la Escuela de los *Annales*, sino revueltas y transformaciones que marcaron profundamente no solo a Francia sino a toda Europa. Es cierto, Napoleón «heredó» las guerras iniciadas por la Revolución (o impuestas a Francia revolucionaria por los poderes europeos), pero las continuó, como se dice, bajo su responsabilidad. Es difícil creer que, sin él, Francia hubiese dominado casi todo el continente y trastornado de semejante manera la sociedad europea. No tenemos a quién, ni qué poner en su lugar. Napoleón y Hitler, por más insólita (e injusta para el primero) que pueda ser considerada semejante aproximación, parecen ser dos personajes ineludibles de los últimos siglos. No los podemos dejar de un lado sin dislocar, una vez muertos, grandes pedazos de historia.

Por mucho tiempo, los historiadores, estos incansables hacedores de orden, se han esforzado en ordenar el gran desorden que fue la Revolución Francesa. En particular, los historiadores marxistas (o influidos en diversos grados por el marxismo, como fue toda la ola francesa de hace medio siglo) la han obligado, así como era costumbre someterla de manera dócil a sus esquemas abstractos. ¿Insólita la Revolución Francesa? Para nada. Así debió ser todo, y si no fue significa que las otras, y no la Revolución Francesa, se distanciaron del tipo ideal. Nada más obvio: una revolución burguesa, y aún más «completa» entre todas, que puso fin al periodo feudal. Sus diversos episodios solo ilustrarían la orientación ideológica y los objetivos de unas categorías sociales

distintas que llegan, sucesivamente, con su visión y con sus opciones de gobierno; la etapa jacobina al ser, obvio, la más avanzada línea de donde habría que tomar en relevo la revolución comunista. El hecho de que, en 1789, del feudalismo no quedará mayor cosa, así como tampoco la burguesía no fuera muy consciente, y el capitalismo francés brillará sobre todo por ausencia, no impidió a los historiadores marxistas tratar la Revolución como lo creyeran conveniente, obligándola a jugar su papel impuesto por su visión de la historia.

Opuesta a esta Revolución «obligatoria», existe también otra Revolución (la misma, en realidad, pero otra en su representación) que no debía necesariamente suceder o la cual, una vez aconteció, no estaba obligada a encadenar los episodios bien conocidos. Es mérito de François Furet haber cortado, en este sentido, el nudo gordiano⁶. Según el historiador francés, tuvo lugar, en 1789, el encuentro aleatorio de una serie de acontecimientos de naturaleza muy diferente; una crisis económica, ella misma compuesta por: lo agrícola, lo «industrial», lo social; incluso con interferencias meteorológicas perturbadoras (precio del trigo, dependiente del estado del tiempo) que se combinaron con la crisis política, la cual se aplazó por muchos años. Así empezó la Revolución. Luego las «causas» resultan cada vez menos relevantes. Determinante es el vacío de poder que había quedado con la caída de la monarquía absoluta que atrae de manera irresistible los más diversos proyectos y ambiciones, en una atmósfera agitada de sobreoferta ideológica y de militancia política extremo. La Revolución ya no necesita de todo tipo de factores causales que la impulsen. Ella arde por sí misma, se amplifica y se diversifica por sus propios recursos, por su simple «vida». Esta «vida» revolucionaria —anota Furet— «no se supone consecuencia lógica de los efectos y de las causas». Con otras palabras, no hay nada que explicar.

Entre las muchas explicaciones —y quizás no muchas—, cada una puede arreglar en su espacio el imaginario de la Revolución francesa que le conviene. Incluso los más firmes defensores de un

⁶ Furet, F. (1978). *Penser la Révolution Française*. Éditions Gallimard; versión rumana: *Reflecții asupra Revoluției Franceze* (1992/2012). [M. Vasilescu, Trad.]. Humanitas.

esquema interpretativo riguroso y plenamente esclarecedor deben admitir que, de haber estado allí, en aquel día del 5 de mayo de 1789, cuando se dio la señal de inicio del proceso revolucionario, ni por el pensamiento les pasaría lo que pasó o lo que iba a suceder. La historia se explica siempre «después»; pero este «después» genera un serio signo de interrogación sobre la validez de las interpretaciones.

V

Tercer ejercicio: la Primera Guerra Mundial

EXISTEN, EN LA MARCHA DEL MUNDO, momentos de encrucijada, cuando la Historia parece dudar entre soluciones contradictorias. La Primera Guerra Mundial quizás ilustra, mucho mejor que cualquier otro acontecimiento, este tipo de situación. También, en este caso, las interpretaciones tradicionales han marchado por la línea tradicional, en el sentido que aquello que aconteció debía acontecer. Las contradicciones entre los grandes poderes condujeron inexorablemente a la guerra. La historiografía comunista, siguiendo los pasos de Lenin, señala acusadora hacia el imperialismo (el estadio más alto y más agresivo del capitalismo); propenso siempre al saqueo y la conquista; de ahí la lucha por la partición y repartición del mundo. Los nacionalistas, en su propia lógica, culpaban al «otro»; en la visión de los vencedores, la gran culpable era Alemania que habría preparado minuciosamente la agresión (acusación retomada algunas décadas más tarde, incluso por unos historiadores alemanes).

Actualmente, el dossier de la Gran Guerra se reabre, y es de presuponer que los abordajes menos ideologizados y menos partidistas, así como volver a examinar de la manera más atenta la película de los acontecimientos, van a lograr pasar más allá del rígido muro de los juicios incuestionables⁷.

A la pregunta de si la guerra era inevitable, me parece más adecuado responder que *no* o por lo menos con un prudente *quién sabe*, que por un *sí*. Pese a las contradicciones de todo tipo y a las crisis internacionales las cuales se juntaron en los años previos al conflicto, el mundo europeo parecía más inclinado hacia la tranquilidad y a la cooperación que hacia la preparación de una masacre. Un siglo de relativa paz acercó mucho a las naciones del continente. Los europeos se encontraban reunidos en una densa red de relaciones económicas, culturales, científicas o simplemente humanas. Los individuos circulaban con frecuencia y sin ningún obstáculo de un país a otro. Se entreveía, ya, una especie de unidad europea.

Nadie se imaginaba a comienzos de ese verano del año 1914 que la guerra tocaba a la puerta. Precisamente, se resolvió la complicada crisis de los Balcanes (las dos guerras balcánicas de 1912 y 1913) y ahora un momento de relajación parecía en verdad bienvenido. El trueno salió de la nada: el atentado de Sarajevo del 28 de junio de 1914, ejecutado por un joven patriota serbio, del cual fue víctima el archiduque Francisco Fernando, heredero del trono austro-húngaro, y su esposa. Por más vueltas que se le dé al asunto, siempre llegamos ahí: el punto de partida del conflicto mundial es el atentado de Sarajevo. Nada diferente indica un peligro inminente. No podemos afirmar de manera categórica que sin Sarajevo no hubiésemos tenido la Primera Guerra Mundial. Pero podemos, por lo menos, considerar que el engranaje militar no se hubiera podido poner en movimiento entonces, en 1914. Quizás hubiera sucedido más tarde, quizás no hubiera acaecido. Para muchos historiadores, las crisis sucesivas son una señal

7 *Aquí sigo la orientación del trabajo: Primul Război Mondial. Controverse, paradoxuri, reinterpretări* (2014). Editura Humanitas. Innovador, en muchos aspectos, es el libro de Clarck, C. (2013). *The Sleepwalkers. How Europe went to War in 1914*. Penguin; versión rumana: *Somnambulii. Cum a intrat Europa în război în 1914* (2016). [C. Tripon, Trad.]. RAO.

de que de todas maneras allá se hubiera llegado. Pero igual de legítimo es el juicio inverso: el hecho de que todas estas crisis encontraran solución era una prueba de que una guerra general podía ser evitada.

Cierto es que, luego del atentado, Austria-Hungría encontró conveniente arreglar las diferencias con Serbia, Estado al que considera responsable del mantenimiento de la agitación irredenta entre los eslavos del sur de la monarquía. Siguió un ultimátum y, el 28 de julio de 1914, la declaración de guerra. Inmediato, Rusia decretó la movilización de la armada, lo que significó la preparación de una intervención contra Austria-Hungría. Alemania realizó entonces un sorprendente movimiento, aunque lógico, por lo menos en estricta lógica militar; simplemente invadió Francia, y ocupó de pasada, para consolidar su base operacional, también el territorio de Bélgica. Como aliada de Austria-Hungría, Alemania no tenía intención de esperar hasta ser atacada por Rusia y la aliada de esta, Francia, imponiéndole de esta manera una guerra en dos frentes; según el más viejo "plan von Schlifffen", pretendía sacar lo más rápido a Francia de la Guerra, para arrojar las fuerzas en contra de Rusia.

Este es un esquema general, desde luego muy simplificado. En detalle (y todo está documentado minuto a minuto), asistimos a un increíble tartamudeo político y diplomático que cuestiona la tesis de agresión largamente preparada, en espera de cualquier pretexto. Lo que domina no es la agresividad, sino la suspicacia, la desconfianza en las intenciones de los otros. Los alemanes no hacían teatro cuando consideraban que habían atacado primero, porque en caso contrario, los otros los hubieran atacado (esto no significa que así habría ocurrido, pero de esta manera se veían las cosas en Alemania). La diplomacia, en todos los países, jugó un papel detestable. Berlín envió a Viena mensajes contradictorios, suficientemente confusos para ser interpretados a la larga como un apoyo para la solución militar. Se le pudo reprochar a Alemania que no confió más en su breve aliado. ¿Pero entonces qué decimos de Francia, que dejó a los rusos proceder así como quisieron? Hay historiadores que consideran la movilización rusa como «punto de

no retorno» del engranaje militar. A la desconfianza generalizada y a las malas decisiones diplomáticas se le agrega la convicción de muchos en la inevitabilidad de la guerra, acompañada de la ilusión de que todo se va terminar rápido. Y entonces, mucho mejor hacerla y salir del problema.

La inconsciencia de las responsabilidades políticas y militares contribuyó, en gran medida, más que los factores «objetivos» (contradicciones de todo tipo) al desencadenamiento del conflicto. Y si las cosas están así, estamos tratando con una revisión drástica de la problemática histórica de la causalidad.

Obvio, las «grandes causas» están presentes. Ellas tienen su ponderación. Si en el mundo hubiera una atmósfera idílica, es evidente que los Estados no se pelearían. Pero se necesita de una chispa para que se prenda el fuego. No es suficiente el material inflamable, se necesita también la chispa. Cualquier bomba para explotar tiene necesidad de un detonante. No es correcto decir que la bomba es más importante que el detonador. Sin detonador, no sucedería nada.

En el caso que nos ocupa, el detonador fue el atentado de Sarajevo. En ausencia de este no hubiésemos tenido la Primera Guerra Mundial, en todo caso no la Primera Guerra Mundial que conocemos; quizás otra guerra mundial, quizás ninguna. Pero aún de otra manera, luego del atentado, la guerra no fue inevitable. Fue en última instancia el resultado de unos cálculos equivocados y de unas decisiones irresponsables. Podría no haber sido.

Y entonces, la historia completa habría sido otra. El mundo de hoy se presentaría diferente, no sabemos en qué medida y de qué manera; pero en cualquier caso, no tendría cómo haber sido semejante al mundo en que vivimos. Sin la Primera Guerra Mundial no hubiésemos tenido a la Segunda, y no hubiésemos tenido tampoco la deriva nazista que tiene su origen en el desarreglo completo de Alemania luego de la derrota de 1918. Es de presuponer que tampoco en Rusia habrían llegado al poder los bolcheviques, cuyo golpe de Estado en octubre de 1917 se produjo sobre el fondo de exasperación causada por una guerra interminable y cada vez más difícil de soportar (incluso también

así, en Rusia, la historia vaciló un tiempo; inicialmente los bolcheviques, por completo minoritarios, no ganaron plenamente el poder sino después de años de anarquía y de guerra civil). Se puede presuponer en consecuencia que, sin la Primera Guerra Mundial, el mundo no hubiese sido afectado, así como lo fue, durante décadas, por el «desajuste» comunista. ¿Pero qué hubiese sucedido con los proyectos nacionales? ¿Hubiese sobrevivido Austria-Hungría? Muchas preguntas, para las que no tenemos respuestas, o tenemos una sola; no sabemos cómo hubiese sido, sin embargo, nos podemos permitir afirmar que hubiese sido de otra manera.

Y de repente, Gavrilo Princip, el asesino de Sarajevo, aparece como un mensajero del destino; este personaje obscuro influyó en el rumbo de la historia mucho más que cualquier otro. ¿Qué hubiese pasado si no hubiera dado en su blanco?

Pero la indecisión de la historia se manifestó no solamente en lo que respecta al desencadenamiento del conflicto, sino también al desenlace. Alemania debía perder ¿Entonces? Ahora sabemos nosotros qué debía perder, porque en verdad perdió. Pero la historia no está escrita previamente. Lo que constatamos a lo largo de los cuatro años de la guerra es, en primer lugar, un relativo equilibrio entre los dos bandos (hecho que explica también la prolongación exasperante del conflicto); sin embargo, desde el primer momento y casi hasta el final, con una cierta ventaja para Alemania. Ventaja que se vuelve enorme, por lo menos en apariencia, hacia finales del año 1917 y en la primera parte del año 1918, luego de la salida de Rusia de la guerra y, de esta manera, la liquidación, a favor de Alemania, del frente oriental. Al final, como se sabe, Alemania perdió la guerra, pero hubiese podido igualmente ganarla. La historia se jugó en todos estos años al filo de la navaja.

Acontecimiento que influyó considerablemente el rumbo del mundo. La naturaleza de la Primera Guerra Mundial contribuye también a la comprensión más adecuada de los mecanismos de la historia. Nos muestra cómo, lejos de suponerse de manera retroactiva, mediante unos esquemas artificiales interpretativos,

la Historia se hace sin un fin previamente establecido por la combinación aleatoria de una multitud de factores. A veces, parece que no sabe hacia dónde orientarse; y entonces, es suficiente una ligera presión para que se incline en una u otra dirección.

VI

Cuarto ejercicio: en torno a la Segunda Guerra Mundial

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL es consecuencia, no digamos inevitable, pero casi inevitable de la primera. Los factores objetivos que la generaron se entrelazan, no obstante, con el proyecto y la acción de un solo hombre. Hagamos a un lado a Hitler, vamos a constatar que no tenemos nada qué poner en su lugar; quiero decir, nada que nos conduzca a la historia que sabemos o, por lo menos, a una cosa semejante. ¿A quién vamos a poner al frente de Alemania y con cuáles efectos, a Göring, a Hess? Es ridículo. Goebbels, degenerado, perverso e inteligente, fue un genio de la propaganda; sin embargo, un papel más elevado que este no le sería apropiado en absoluto. El conflicto mundial lleva así, fuertemente marcado, el sello Hitler. No busco para nada, partiendo de esta constatación, poner la historia patas arriba, llevándola de regreso a aquel «culto a las personalidades» que practicaron durante tanto tiempo los historiadores, antes de convencerse de la complejidad de las determinaciones históricas. Solo quiero decir que no existen recetas de interpretación. Cada vez entran en juego una

multiplicidad de factores, y entre ellos, se puede destacar uno u otro. La decisión política es parte de esta amalgama. Algunas veces lo que deciden los hombres políticos no significa gran cosa, por ejemplo, con relación al peso de las masivas estructuras y las evoluciones socioeconómicas; sin embargo, otras veces, las decisiones tienen efecto innegable, y sucede que en algunos casos llegan a ser definitivas. No creo que exagere cuando digo que la Segunda Guerra Mundial fue una guerra de Hitler. Él decidió el rumbo hacia la guerra, cada paso; los otros apenas lo siguieron. Él imaginó los objetivos y los métodos, por completo diferentes, incluso con relación al conflicto anterior. Seguro, los sueños expansionistas o las obsesiones racistas y antisemitas también acechaban a los otros en una Alemania frustrada y traumatizada después del desastre de una guerra perdida. Difícil de creer encontrar algún líder político o algún líder militar, sin importar cuán extremista o inconsciente sea, que llegue tan lejos. Y, claro está, que sea tan convincente. Lo que ha sucedido tiene la firma de Hitler.

Para él, la guerra no tenía que presentarse como una simple revancha, con la perspectiva de volver a llevar a Alemania a la posición perdida luego de la Primera Guerra Mundial. Perseguida mucho más que esto; de hecho, algo totalmente distinto: cambiar el mundo desde sus fundamentos. Empezaría una nueva era con Alemania al mando. Alemania se transfiguraría en un inmenso imperio, con fronteras extendidas hasta muy lejos en las estepas rusas; hacia los Urales y el Cáucaso. Esto significa que, junto al sometimiento de toda Europa, la desaparición sin más de Rusia (y de paso, Polonia. ¿Pero acaso importa?). Un inmenso espacio sería colonizado con alemanes, la población eslava sería reducida a la esclavitud y, progresivamente, eliminada; y los judíos (particularmente numerosos en esta parte de Europa) exterminados rápidamente. ¿Podía tener éxito semejante proyecto? Por fortuna, en las condiciones dadas, no. Hitler no midió bien sus fuerzas; Alemania no tenía cómo imponer su voluntad contra todos. Por desgracia, por otra parte, la inconsciente aventura nazista rompió las barreras que mantenían aislada a Rusia comunista y permitió

al comunismo, de esta manera, desbordarse sobre una buena parte del espacio europeo. Stalin no hizo otra cosa que aprovechar la oportunidad que creó Hitler.

No significa que Alemania no hubiese podido ganar la guerra... si la abordamos de otra manera. La línea roja que Hitler no debió pasar, demostró ser la frontera con la Unión Soviética. Debió contentarse con las disposiciones del Pacto Ribbentrop-Molotov, mediante el cual Europa era repartida entre los dos poderes. En estas condiciones Alemania quedaba como dueña de toda la parte central y occidental del continente (menos la Gran Bretaña). En 1940, luego de la anexión de Austria y la República Checa, alcanzaba ya una superficie de 637 107 km² a la cual se le agregó 188 152 km² del territorio ocupado de Polonia, comparado con la extensión de 1914 (540 000 km²); con la posterior al Tratado de Versalles (1919), 472 000 km²; y con la actual, 357 000 km². La población llegó a 87 millones de habitantes (más todavía los 20 millones en territorio polaco), frente a los 47 millones de habitantes de la Gran Bretaña y los 42 millones de Francia. La superioridad económica y militar era abrumadora, lo que se demostró en la campaña de 1940 saldada con la desastrosa derrota de Francia y con la retirada precipitada de la armada británica más allá del Canal de la Mancha. Si no hubiese atacado a Rusia... Pero no podía no atacarla, porque este era de hecho el proyecto esencial de Hitler, construir sobre las ruinas un gran imperio alemán comparable, en dimensiones, con lo que era Rusia hasta entonces y con lo que eran los Estados Unidos de América. Admitiendo, en aras del argumento, que hubiese renunciado aniquilar a la Unión Soviética, entonces, en verdad, no es nada seguro que los Estados Unidos y la Gran Bretaña solas hubiesen logrado, en el frente occidental, sacar del combate a la totalidad de la fuerza alemana concentrada en su contra. Rusia, de otra parte, se hubiera abstenido de atacar Alemania; no estaba preparada para una guerra de semejante proporción, lo que se vio plenamente en los primeros meses después del ataque alemán, cuando el frente soviético casi se derrumbó.

Habría sido una variante interesante, incluso en las condiciones del ataque en contra de la Unión Soviética; aquella en la que Japón, en lugar de abalanzarse sobre los americanos en Pearl Harbor, hubiese ayudado a los alemanes al invadir Siberia. Es indudable que Stalin no hubiese logrado hacer frente a este doble ataque. Además, al no ser agredido por Japón, ¿qué argumento hubiese tenido Estados Unidos para entrar a la guerra? (Se sabe que la opinión pública americana era reticente frente al involucramiento de su país en el conflicto, pero Pearl Harbour fue para Roosevelt la ocasión o el pretexto, muy esperado, para convencer a sus compatriotas; de ahí la hipótesis, intensamente comentada, según la cual los americanos «se dejaron atacar» atrayendo a los japoneses a una trampa).

Una pregunta perturbadora implica al famoso atentado en contra de Hitler el 20 de julio de 1944. Hubiese sido «normal» lograrlo. Las posibilidades de Hitler de escapar con vida eran en principio muy reducidas. Lo salvó que uno de los participantes en el encuentro de la «Guarida del lobo» (punto de mando del Führer en Prusia oriental) situó a un lado el maletín que contenía el dispositivo explosivo, previamente puesto en el lugar acordado por el coronel von Stauffenberg, poniéndolo más allá de la base principal de la mesa de conferencias. Hitler escapó (con heridas suaves) y toda la conspiración (que comprendía un número importante de altos mandos militares) fue aniquilada. Pregunta: si el maletín hubiese quedado en su lugar, ¿qué hubiese pasado en su lugar? Hitler una vez desaparecido, entonces el golpe de Estado hubiese tenido grandes posibilidades de tener éxito. Los aliados, entre tanto, habían decidido hacer la guerra hasta el final, esto es hasta la capitulación incondicional de Alemania. Si se les hubiera hecho una oferta de paz, ¿la habrían rechazado? Stalin que, de alguna manera no le importaba el número de muertos (los soviéticos, aunque victoriosos, perdieron incomparablemente muchos más individuos que los alemanes: 20-25 millones, frente a 7 millones), probablemente, no hubiera renunciado a marchar sobre Berlín. Pero, ¿los occidentales merecen, por una capitulación sin condiciones, prolongar la carnicería (en las condiciones en

las que el nazismo hubiese caído del poder) e, implícitamente, favorecer también la expansión soviética? No debe olvidarse que en julio de 1944 —aunque tuvo lugar, entre tanto, el desembarco en Normandía— Alemania todavía controlaba buena parte del territorio europeo. ¿Hubiese sucedido una escisión entre los aliados? Creo que ni los más fervientes admiradores de Hitler habrían querido, en semejante medida, que este escapase con vida, así como los líderes de la coalición anti nazista, a quienes un cambio radical en Berlín, los pondría en serios problemas. Con Hitler en vida, la guerra llegó hasta el final cerrándose con una derrota completa de Alemania.

También la Segunda Guerra Mundial nos muestra cómo se entrelazan en la historia, sin ninguna regla, las «causas grandes» y las «causas pequeñas». Algunas veces, como he podido constatar, el desplazamiento de algunos centímetros de un objeto peligroso por su naturaleza influye dramáticamente en el curso de los acontecimientos.

VII

Quinto ejercicio: la creación de Rumania

ERA POSIBLE TAMBIÉN UNA HISTORIA sin Rumania. Los países y las naciones son también creaciones de la historia. Podría, muy bien, no ser —cualquiera de ellas—. No existe una predestinación rumana, pese a la opinión de algunos nacionalistas ingenuos que ven en el territorio de Dacia antigua la prefiguración de Rumania moderna. Es ya un «milagro», así como se dijo alguna vez, la supervivencia de una población románica en una Europa Oriental fuertemente eslavizada. Sin embargo, la existencia de un espacio de lengua rumana no significa automáticamente la constitución de una nación rumana unificada. La nación es más que la lengua, si bien la lengua común evidencia ser un vínculo precioso (pero no obligatorio) en la creación de las solidaridades de tipo nacional, es cierto que durante muchos siglos, Moldavia tuvo una identidad propia y suficientes rasgos diferenciadores con relación a Valaquia. Los moldavos se decían moldavos (no rumanos, incluso al hablar rumano —según la terminología lingüística actual—) y consideraban que hablaban en lengua moldava (Grigore Ureche, en *Letopisețul Țării Moldovei*, se refiere invariablemente a la

«lengua moldava», pero Miron Costin trata el problema de los orígenes bajo el título *De neamul moldovenilor*). En cuanto a los rumanos de Transilvania, ellos recorrieron una historia distinta en el espacio de Europa Central, entre las fronteras del reino húngaro, luego en el Imperio Hausbúrgico.

La aproximación entre las diversas partes de la nación rumana se realizó gradualmente en función de las circunstancias históricas. La idea del origen común de todos los rumanos se afirma desde el siglo XVII, aunque el proyecto de un Estado rumano unificado se torna actual solo hacia mediados del siglo XIX; y entonces, en una primera fase, estrictamente respecto a Valaquía y Moldavia. De modo paradójico, al someter los Principados a un régimen único, la dominación otomana allanó el camino hacia la unión; en la época fanariota, los dos países llegaron a ser administrados de igual manera, hasta el punto que los mismos gobernantes, nombrados por la Puerta otomana, mandaban a veces desde Iași, a veces desde Bucarest. De esta manera, gracias al Imperio Otomano y a su resistencia frente a la expansión rusa y austriaca, los principados continuaron existiendo; de otra forma hubiesen sido presa de los otros dos imperios que, de alguna manera, les «rasuró» una parte del territorio (Oltenia, ocupada por los austríacos en 1718, devuelta en 1739; Bucovina anexada también por los austríacos en 1775; y Besarabia, por parte de los rusos en 1812). Incluso los rusos ayudaron al proceso de reunificación rumano, por obra del general Pavel Kiseleff, gobernador de los Principados en tiempos de la ocupación rusa de 1829-1934. La misma reforma administrativa y legislativa se llevó a cabo en ambos países inscritos en los dos Reglamentos Orgánicos que se diferencian muy poco entre sí, los cuales pueden ser considerados como un único texto constitucional. El general-gobernador prepara así el paso de los Principados bajo protección rusa; de hecho, la acción modernizadora fue un paso hacia la creación de una Rumania completamente separada de Rusia.

El proyecto de la Unión fue apoyado con convicción por la generación de 1848, muntenos y moldavianos por igual (si bien, en particular en Moldavia que se encontraba en posición —de

alguna manera frustrante— de socio secundario, no encontramos aún plena unanimidad unionista). Los rumanos no habían logrado todavía realizar su proyecto por sus propias fuerzas, sus pequeños Principados se encontraban a discreción total de los grandes poderes.

Entonces intervino la guerra de Crimea. No estaba escrito en los astros. Fue ante todo una excepción en la interminable cadena de guerras entre rusos y turcos. Por primera vez, pero también por última, los poderes occidentales intervinieron a favor del Imperio Otomano. Para la Gran Bretaña, la integralidad de esta defensa aparecía como condición esencial del equilibrio de poderes en Europa Oriental y el Cercano Oriente. Aunque la determinación fue la de reactivar las políticas francesas, una vez con la instauración del Segundo Imperio en 1852, el objetivo perseguido por Napoleón III fue el de romper la coalición europea que puso su fin, en 1814-1815, al Primer Imperio francés. Francia se lanzó entonces a una gran política europea y, en algunos años, fue la figura arbitral del continente.

En este contexto, Napoleón III «descubre» el interés de Francia por los Principados Rumanos, zona tapón entre Rusia y el Imperio Otomano, mucho más fáciles de atraer en órbita francesa cuando disponían de una élite francófona y francófila que ponía todas sus esperanzas en la «gran hermana latina». La unión de los Principados fue, de esta manera, el efecto del encuentro entre el proyecto nacional de los patriotas rumanos y la nueva política europea y oriental de Francia. De otro modo, sin Francia, el concierto de los grandes poderes no habría admitido, de ninguna manera, la fusión de los dos países. El Imperio Otomano estaba, evidentemente, en contra. Se oponía también Austria que temía la fuerza de atracción que un Estado rumano podría haber tenido sobre los rumanos de Transilvania y Bucovina. La Gran Bretaña tampoco estaba dispuesta a aceptar una decisión que debilitara al Imperio Otomano. Rusia, igualmente, tenía todos los motivos para estar en contra, no necesitaba tener un Estado rumano a espaldas; si bien, tratada de manera muy blanda por Francia, al final de la guerra de Crimea (una guerra perdida, pero saldada

para Rusia casi sin pérdida territorial), se conformó con la política francesa, incluso en la cuestión de los Principados. A la final, los poderes europeos llegaron a una solución de compromiso: una unión muy vaga. Cada Principado conservaba su soberano, la asamblea legislativa y el gobierno. La doble elección de Alexandru Ioan Cuza (5 y 24 de enero de 1859) tanto en Moldavia, como en el país rumano, puso a Europa frente a un hecho cumplido que no pudo ser aprobado o anulado; una vez Francia seguía protegiendo a los rumanos. También, la unión plena continuó, en 1862, con el apoyo de Francia (incluso aceptado por el Imperio Otomano): un único trono, una sola asamblea legislativa y un solo gobierno, una sola capital (Bucarest). La consolidación definitiva —el momento en que los Principados Unidos devienen simplemente Rumania— sucede en 1866, cuando luego del derrocamiento de Cuza, fue elegido Carlos de Hohenzollern-Sigmaringen, apoyado tanto por Francia, como por Prusia. Rusia, cuyas relaciones con Francia se deterioraron considerablemente, modificó su posición en el asunto de los Principados al apoyar en 1866 un movimiento separatista en Moldavia. Las relaciones se dañaron rápidamente entre Francia y Prusia (lo cual conducirá a la guerra de 1870).

Todos estos movimientos políticos europeos demuestran con claridad que la unión de los Principados y la creación de la Rumania moderna fue un proceso que aconteció al límite. Una ventana de oportunidad que se abrió por muy poco tiempo. Después de 1859, la influencia de Francia sobre la evolución europea cae considerablemente; Rusia, como hemos visto, se distancia. ¿Quién y cómo podría haber apoyado a los rumanos? Además, la solución de Carlos I, aún si hubiese tardado un poco, no hubiese sido posible. El papel de la élite rumana en el desarrollo de los acontecimientos es innegable; los rumanos aprovecharon con habilidad las circunstancias. Fue, ante todo, un formidable golpe de suerte. Por un corto, muy corto tiempo, pero exactamente el necesario, la Historia jugó a favor de Rumania.

El segundo gran golpe de «suerte» fue la Primera Guerra Mundial. Rumania podía unirse a una u otra de las alianzas en conflicto (si no elegía, permanecía neutra). Podía ganar o perder

con una u otra. A fin de cuentas, perdió la guerra, pero ganó la paz; y ¡ganó como si fuera vencedora con unos y con otros!

La Guerra Mundial —hemos visto— hubiese podido no tener lugar; sin embargo, una vez se desató, le ofrecía a Rumania, a la «pequeña» Rumania de 1814, la posibilidad de extender su territorio de modo considerable. Con la condición, por supuesto, de encontrarse en el bando correcto, en el bando ganador. Aparentemente, la soluciones eran exclusivamente dos: o junto a la Triple Entente —Francia, Gran Bretaña y Rusia— para arrancarle Transilvania (en el sentido amplio de la palabra: El Banato, Crişana y Maramureş) y Bucovina a Austria-Hungría; o junto con los Poderes Centrales —Alemania y Austria-Hungría—, en la perspectiva de sacar a Besaravia del dominio ruso (eventualmente, también la obtención de Bucovina, un «regalo» que los austríacos se mostrarían dispuestos a darlo, en el caso de un apoyo rumano). No se podía hablar, en consecuencia, de «Rumania Grande» en la plenitud del concepto; habría sido (y esto, obviamente, en caso de victoria) o Transilvania sin Besaravia, o Besaravia sin Transilvania. Transilvania, en cualquier caso, era considerada más preciosa que Besarabia, tomando en consideración todos los factores: territorio, población, desarrollo económico, nivel cultural... El gobierno de Brătianu (en consonancia con la mayoría de la opinión pública) eligió la primera variante, entró en la guerra en agosto de 1916 en contra de los Poderes Centrales (pese a la oposición de los «germanófilos», minoritarios seguro, pero no tanto). El ejército rumano fue derrotado, los alemanes y sus aliados ocuparon la mayor parte del país: Oltenia, Muntenia, Dobrogea. Después de una exitosa resistencia en el frente de Moldavia, en 1917, carente del apoyo de Rusia presa del caos de la revolución, Rumania tuvo la necesidad de sellar la paz de manera separada en mayo de 1918 con pérdidas territoriales dolorosas: Dobrogea y la totalidad del tramo de los montes de la frontera con Austria-Hungría. Además, al encontrarse derrotada Rusia y en proceso de desintegración el Imperio Ruso, Besarabia volvió (inesperada compensación) dentro de las fronteras rumanas. Siguió la vuelta completa del rumbo de la guerra: la derrota de Alemania y de sus aliados. En

estas condiciones, Rumania recuperó el territorio austrohúngaro (con mayoría rumana) reivindicado (si bien no en totalidad, las exigencias de Brătianu superaban en algunas partes los límites étnicos rumanos). De esta manera, se hizo la Gran Rumania: en un cálculo que no podría resultar, pero salió incluso mucho mejor de lo que alguien se podría imaginar.

¿Y si Alemania, no obstante, no pierde la guerra? Austria-Hungría no hubiese quedado por el momento intacta y Rumania amputada. ¿Y si Rusia no hubiese sido sacada del juego? El argumento principal de los «germanófilos» era el peligro ruso. ¿Si hubiese sucedido desde la Primera Guerra Mundial la invasión rusa en la Europa del sudeste y central, esto es lo que habría de suceder un cuarto de siglo más tarde?

No es nada seguro que, si no hubiese tenido lugar el doble golpe de «suerte» de 1859 y 1918, Rumania se habría constituido de todos modos, por otras vías, por otros medios. Nos podemos imaginar todo tipo de escenarios. Sin la unión de 1859, los rusos, por ejemplo, hubiesen podido tragarse la totalidad de Moldavia, anexándose Besarabia y rehaciendo, de esta manera, la «unidad moldava» bajo su propio dominio. Incluso al sobrevivir en 1918, Austria-Hungría no hubiese escapado de las tensiones nacionales, pero ¿cuál salida se hubiese encontrado? Esto no tenemos de dónde saberlo. Para los rumanos transilvanos, la unión con Rumania, que de modo natural ganaron en el contexto dado, no era la única opción imaginable. Puede que no hubiesen rechazado una solución nacional equitativa en el marco de una monarquía habsbúrgica reestructurada, así como lo solicitó de diversas maneras hasta 1914. Pero tampoco la ruptura de la doble monarquía, como consecuencia rigurosa de las dimensiones internas, hubiera resuelto, de forma tan simple, cómo sucedieron las cosas al final de una guerra pérdida y con las condiciones impuestas. La complicada mezcla étnica habría dificultado muchísimo la identificación de unas soluciones de compromiso. Las condiciones ideales para Rumania como las ofrecidas por la historia real a finales del año 1918, con dificultad las podríamos imaginar en otras circunstancias históricas.

VIII

Las incertidumbres del futuro

¿QUÉ QUIEREN DECIR LAS SECUENCIAS EVOCADAS? Todas ponen en evidencia el hecho (que otros ejemplos ilustrarían igualmente bien) de que la Historia no es el ámbito de la necesidad, sino el terreno de la confrontación de muchas posibilidades. Lejos de seguir un camino obligatorio, ella elige permanentemente dentro de una diversidad de potenciales soluciones. Al final, claro está, el rumbo de la humanidad es uno solo, y de ahí la ilusión según la cual lo que ha sucedido de alguna manera, así debía ocurrir. De hecho, la historia «efectiva» no es sino una dentro de las historias posibles.

Esta «indecisión» de la Historia no presupone hacer explotar el mecanismo causal. No resulta de una ausencia de las determinaciones, sino por el contrario, de un excedente, de un «desbordamiento» de determinaciones. Son muchos los factores que concurren en la producción del más modesto acontecimiento. El engranaje existe, pero no lo podemos comprender en su plenitud, no tenemos cómo dominarlo. La historia es la maquinaria

imaginable más complicada. Por más perfeccionados que sean los instrumentos, es imposible mantener bajo observación cada engranaje y detectar cada movimiento.

Una doble consecuencia se deriva de aquí. En primer lugar, la fluidez de interpretaciones del pasado, la inevitable diversidad, a veces contradictoria, de las perspectivas y los juicios que no tienen cómo encontrar una auténtica validez científica. Pero, es mucho más frustrante la opacidad total del futuro. No sabemos hacia dónde nos dirigimos. Incluso si conociéramos en sus mínimos detalles todos los datos hasta el día de hoy, tampoco tendríamos cómo adivinar cuál futuro resultará de sus enmarañadas interacciones. Es de esta manera curioso el modo como nos relacionados con el futuro como algo «verdadero», con un contenido que podría ser por lo menos aproximado a nuestros escenarios imaginarios. Sin embargo, el futuro no existe y, al no existir, no esconde ningún proyecto, ningún escenario, ninguna dirección... Es una página completamente en blanco que cuando va a ser escrita, no se va a llamar más «futuro», sino «presente» (y, muy rápido, «pasado»). Nos dejamos conducir de una ilusión, entonces cuando nos imaginamos que nos dirigimos hacia un objetivo bien definido. Y no solo nosotros no sabemos hacia dónde nos dirigimos; tampoco la Historia sabe, improvisa cada momento.

¿Qué oportunidad tienen hoy de realización los actuales proyectos de la humanidad? ¿Cuán correctas son nuestras previsiones? El índice de éxito, esto es de validación de los proyectos, es extremadamente variable; de casi el 100 %, cero absoluto. Las posibilidades más grandes están de hoy a mañana, luego los factores perturbadores intervienen desde el primer momento, ya sea solo porque toda la humanidad no hala en la misma dirección, sino justo lo contrario. A mediano plazo —y esto no significa mucho más de dos a tres décadas— queda por verse qué se va a elegir. Y a largo plazo, digamos de los cincuenta años hacia arriba (lo que no significa nada para la escala de la historia), la inseguridad llega a ser total. Podemos estar casi seguros que el rumbo de la historia se va a mostrar de otra manera a como nos lo imaginamos.

Se va a decir —con suficientes ejemplos a la mano— que muchas previsiones se han mostrado fundadas, incluso en una duración relativamente importante. Así es, pero no olvidemos que ellas están junto a muchas otras que no se cumplieron de ninguna forma, mientras que unas se han materializado apenas parcialmente; en cambio, han acontecido cantidad enorme de cosas que nadie ha sido capaz de anticiparlas. De esta amalgama, cualesquiera que sean los elementos «previsibles», resulta, globalmente, «otra cosa». Quien nos asegura que dentro de cincuenta años nos vamos a pasear en el planeta Marte; podría tener razón (así como podría no tenerla). Pero, le será mucho más difícil responder, o va a responder de manera completamente marginal, a la pregunta ¿cómo se va a mostrar la humanidad dentro de cincuenta años? No va ser ni siquiera capaz de decirnos qué consecuencias tendrá proponer el viaje a Marte.

En el capítulo «consecuencias», somos totalmente deficitarios. Por regla, no las tocamos mucho. Se nos escapan en especial los efectos perversos, o considerados perversos, porque no corresponden para nada a nuestras expectativas. ¿Quién habría pensado (hace no muchos años atrás) que la civilización tecnológica iba a tener un efecto sobre el calentamiento global, con la perspectiva de un completo trastorno de la vida en la tierra? ¿Quién habría pensado que las sociedades democráticas y prósperas se iban a confrontar con un grave desequilibrio demográfico efecto de la combinación del crecimiento de la esperanza de vida y la disminución de la natalidad, el déficit de individuos jóvenes, esto es de fuerza de trabajo, cubriéndose mediante la emigración... y de ahí, otras consecuencias muy bien conocidas para no detenernos en ellas. ¿Para no volver sobre las trágicas consecuencias de la felicidad general prometida por los regímenes comunistas? ¿O seguiremos el modo cómo las ideologías nacionales, concebidas en el espíritu de hermandad de unos pueblos libres e iguales, se deslizaron hacia la pendiente negativa de rechazo al «otro», al provocar el más sangriento conflicto de la historia de la humanidad? En una formulación no precisamente académica, la expresión rumana «golpear por

un lado y romperse por el otro» abarca con creces mucha verdad sobre el rumbo de la historia.

Lo imprevisto debe ser tomado en serio cuando ponemos bajo la lupa las estrategias y las decisiones políticas y, en general, las opciones de toda clase. No significa que quien fracasa pensó necesariamente mal, tampoco que quien gana hubiese pensado impecable. La historia invita a los juegos de azar, no solo de inteligencia. Cuando dice que al final de la Primera Guerra Mundial, Rumania tiene tanta suerte que no tiene necesidad de individuos políticos, P. P. Carp formuló un juicio pertinente. Un poco de suerte hace muchas veces más que una política bien articulada, mientras que la «mala suerte», esto es la adversidad de la historia, puede sepultar a los más razonables de los políticos.

Es gracioso observar los proyectos imaginados alrededor del año 1900, muchos sobre el tema «cómo va ser el mundo en el año 2000». Tenemos frente a nosotros cuadros extraños: una humanidad tecnologizada, pero de otra manera hipertecnologizada en la actualidad, y con comportamientos extravagantes. Se parece muy bien a una casa de locos. Sin embargo, no es nuestro mundo. Todavía no, por lo menos...

No nos engañemos con la ilusión según la cual, mientras que estos proyectos eran simples fantasías, sin base científica adecuada, disponemos de una metodología mucho más segura de investigación del futuro. Ni los proyectos recientes, así como los podemos apreciar, no demostraron ser más adecuados. Hace alrededor de treinta años, se dudaba todavía entre el calentamiento global y la nueva era glaciaria. En 1972, muchos sabios integrantes del Club de Roma produjeron un desconcertante informe cuyo título, *Los límites del crecimiento*, anuncia ni más ni menos que el agotamiento de las principales materias primas en un tiempo record. Como el hombre justo llegó a la luna, el espacio cósmico tenía todavía prioridad; según las previsiones del momento, hoy deberíamos sentirnos en Marte como en casa. Pero a nadie se le pasó por la mente que dos innovaciones tecnológicas, estas y no otras, habrían de modificar radicalmente todos los datos del mundo de hoy: la Internet y la telefonía móvil. Uno de los

más grandes colapsos sucedido alguna vez en la historia fue la caída del sistema comunista; incluso estando cerca del momento cuando sucedió, nadie pensó que iba a acontecer algo así. Después de sucedido, pronto aparecieron nuevas visiones, siendo la más divertida el «final de la historia» de Francis Fukuyama, según la cual el sistema democrático occidental se va a extender por todo el mundo, y habrá por toda parte tranquilidad y armonía: ¡exactamente lo que pasó! Por supuesto, se dieron y se dicen muchas otras visiones: cualquiera y contraria a cualquiera. Frente a semejante abundante producción, quizás, pocas visiones serán realidad. Seguro, por casualidad. ¿Pero por ahora, qué elegimos?

Los medios tecnológicos perfeccionados no facilitan en absoluto la capacidad de previsión; se podría decir que, por el contrario, incluso lo complican. Tenemos almacenada una información más abundante que nunca. Y la podemos combinar con facilidad, en una mayor diversidad de escenarios. Sabemos ahora bastante y tenemos esbozados muchas posibilidades. La conclusión desconcertante es que casi cualquier cosa podría suceder, como también podría igual de bien no suceder.

Es seguro, sin embargo, que la historia se acelera. Los cambios son rápidos y con impacto más poderoso. Igual de seguro es que el mundo se ha reducido. Por primera vez desde cuando el hombre vive en la tierra, no existen más distancias. Ahora bien, las distancias, alguna vez tan difíciles de recorrer, mantuvieron, hasta no hace poco, espacios de seguridad. La tecnología actual ha liquidado lo que quedaba de ellas, gracias a las inefables facilidades de desplazamiento y de comunicación. Una humanidad muy diversificada ha llegado a vivir prácticamente junta. Para los escenarios optimistas, esto puede significar la posibilidad de una nueva síntesis de civilización. Pero, para los pesimistas o simplemente para los realistas, se configura el espectro de unas confrontaciones y conflictos sin fin («choque de civilizaciones» para recordar la tesis de Samuel Huntington). Puede entonces, seguro, ser una y otra. ¿Pero en cuáles proporciones, con cuáles consecuencias? Se han multiplicado también los actores —actores activos— de la Historia. Los individuos se movilizan rápido

y eficiente por las redes de socialización, al servicio de las más diversas causas. El arsenal tecnológico, que se encuentra casi a la mano de cualquiera, ofrece posibilidades considerables de acción que incluyen a grupos restringidos e incluso a los individuos solitarios. De aquí deriva la eficiencia del terrorismo capaz de confrontarse «de igual a igual» con los grandes poderes del planeta.

Todo esto —aumento de los actores y aceleración de las reacciones— hace que la Historia, complicada e imprevisible a su manera, se vuelva más complicada y más imprevisible. No podemos saber qué va a ocurrir de ahora en adelante, pero podemos estar seguros que ocurrirán muchos imprevistos, en un ritmo cada vez más vivo. Vamos a ser sin descanso, cautivos de los choques.

Cualquiera que sea la serie de acontecimientos que continúe, veremos cuán «nerviosa», cambiante e inesperada se ha vuelto la historia. El 11 de septiembre del 2001, los Estados Unidos de América fueron blanco de un ataque terrorista de una factura (aviones de aerolíneas comerciales transformados en bombas) y amplitud (el derribo de las Torres Gemelas de Nueva York) inimaginable hasta entonces. Como consecuencia, los americanos intervinieron para poner orden en el Oriente Medio (en el 2001, en Afganistán; en el 2003, en Irak). Los efectos, así como sucede a menudo, no fueron los esperados; la zona, en lugar de tranquilizarse, fue cubierta por la anarquía, lo que favoreció en mayor medida a los movimientos islamistas radicales, al culminar con la ofensiva del Estado Islámico. La Primavera Árabe —metáfora que designa las revoluciones y los movimientos democráticos sucedidos a lo largo del año 2012— tuvieron, a su vez, un desenlace inverso respecto al esperado. En lugar de mayor democracia en el mundo islámico, el resultado fue un mayor fundamentalismo religioso, mucho más autoritarismo, mayor anarquía y más derramamiento de sangre. Esta crisis, que termina con la guerra civil de Siria y con la expansión del Estado Islámico, puso en movimiento una interminable ola de abatidos refugiados sobre Europa; un fenómeno que creó enormes dificultades a la Unión Europea, al sacar a flote líneas de fractura, diferencias y contradicciones más

grandes de lo que se creía entre sus integrantes.

Y no fue la única prueba de fuego a la que fue sometida la Unión Europea. Bruscamente, casi por encargo, se activaron todos los factores negativos existentes, con seguridad, en estado latente; pero a los que no se les previó semejante erupción «coordinada». ¡La inmigración incontrolada!, los ataques terroristas en serie, las políticas nacionales cada vez más diversas, las dimensiones entre norte y sur, entre este y oeste; ¡todo de una vez, y todo de manera agravada! Hasta el último momento se consideró probable que el referéndum convocado en la Gran Bretaña sobre la pertenencia a la Unión Europea sería ganado por los partidarios de su permanencia en las estructuras europeas. Fue exactamente inverso y, con un resultado estrecho que en cualquier momento podría invertirse, no es nada seguro que la repetición de la consulta daría el mismo resultado. Una vez más, un acontecimiento con gran impacto se decidió al límite. Después de dar la impresión que marcha, pese a los tropiezos en lo andado, hacia una mayor integración, Europa parece reactivar su red tradicional de fronteras y volver a sus egoísmos nacionales.

La avalancha de acontecimientos ha generado, sin demora, una lluvia de escenarios. En lo que respecta a la Unión Europea, hay comentaristas que ven una ventaja en el retiro de la Gran Bretaña, Estado que puso con frecuencia un palo en la rueda al proceso de integración. De ahora en adelante, las políticas europeas van a tener más posibilidad de un plus de coherencia. Para otros, por el contrario, el «Brexit» es el comienzo del fin, señal que dan unos «euroescépticos» (y son muchos) para forzar las cosas en la dirección de ruptura de Europa. Se abre su camino, más insistentemente, la visión de una Europa con dos velocidades e incluso con varias; reunida y dividida al mismo tiempo, dentro de un núcleo conductor y otros países o zonas que se encuentran con grados diversos de integración. El futuro es en verdad completo: ¡Nada falta!

Seguro, es inquietante lo que sucede con la construcción europea. Pero, de otra parte —para seguir en el marco de nuestro planteamiento—, ¡qué formidable lección de historia! Todo lo

que me he propuesto demostrar se ilustra perfectamente con la crisis de la Unión Europea. El asalto concomitante de muchos factores inesperados (o, en cualquier caso, insuficientemente tomados en cuenta), las decisiones políticas con efectos contrarios a los estimados, la incapacidad de los responsables políticos de mantener bajo control la evolución y la marcha titubeante hacia un futuro desconocido —esto es, en el fondo, Historia—. Una historia que nos domina, incluso si en el origen es una obra nuestra.

La historia sabe ser irónica, lo demuestra plenamente el regreso activo de Alemania en la escena europea. Después de haber perdido, de manera desastrosa, dos grandes guerras, cuya apuesta principal era precisamente la hegemonía europea, fue amputada en cada ocasión; Alemania deviene ahora líder sin rival de la Unión Europea. La creciente influencia del antiguo adversario fue, de esta manera, uno de los motivos que determinaron la separación del continente de la Gran Bretaña; por supuesto, el abandono británico incrementa la influencia alemana de manera mucho más fuerte. ¿Saldría Alemania ganadora luego de las guerras perdidas?

Regresa a la actualidad la caída del Imperio Romano y de la civilización antigua. Hay historiadores para quienes es llamativa la similitud entre lo que sucedió entonces y lo que pasa hoy en las condiciones de la «invasión» islámica de Europa; una nueva «invasión de los bárbaros» que va a sacudir la totalidad de la civilización europea y todos sus valores. Permítanme, no obstante, una observación. Después de la desaparición del Imperio Romano, no resultó, a la final, una civilización más mala, sino quizás una más buena. Luego, he dicho, la historia no se repite: ¡Quien no desea aceptar esta simple verdad no tiene más sino soñar en la continuación del Imperio Romano! La verdad es que el proceso masivo de emigración crea, como hemos visto, líos terribles a los países europeos. Razón de más cuando se mezcla con el terrorismo, pero de aquí hasta allá queda un largo trecho hasta una Europa «semi-islamizada». La civilización europea está en proceso de reestructuración radical no como consecuencia de alguna invasión, sino de la aceleración de la historia, con los inevitables cambios de paradigma. Se cambió

todo —y rápido—: las condiciones de vida, las orientaciones culturales, las mentalidades, los comportamientos... Esta es la principal provocación de los años que están por venir. Están todos los indicios que nos van a instalar de manera durable dentro de una historia fluida, extremadamente cambiante, muy diferente del mundo, no inmóvil; pero con evoluciones lentas y casi imperceptibles, a escala de una vida humana, que conocieron nuestros antepasados. Es, por lo tanto, un relato muy diferente al del «final de la Antigüedad», relato que apenas empieza a ser escrito, de un futuro muy diferente del pasado. ¡Agarrémonos fuerte, es embriagador! Por otra parte, volviendo al problema de la emigración, como es enorme la presión en las fronteras del continente, es posible que a largo plazo se llegue a una mezcla demográfica y cultural, de esta manera, a una nueva síntesis de civilización. Es apenas una posibilidad, nada más.

Más cerca en el tiempo, se podría demostrar la cuestión de la modificación de las relaciones étnicas y culturales en los Estados Unidos de América. Los «blancos» anglo-sajones y protestantes, elemento fundador del país, están cerca de llegar a ser minoría. Los Estados Unidos se «colorean» rápido, en especial por la expansión de los hispanos. Son indicios de tensiones raciales que —con poderosas connotaciones socio-culturales— pasan a un primer plano. ¿A dónde se va llegar? Podemos imaginar, en la línea de los proyectos actuales, que dentro de cien años la sociedad americana va a cambiar radicalmente. Incluso existiendo como ahora, Estados Unidos va a convertirse en otra cosa. ¡Y esto es apenas un escenario!

Y China también puede ser analizada de la misma manera a través de los escenarios imaginables. Va a ser la superpotencia de mañana, o se va a desmoronar completamente luego de una «sobredosis» de contradicciones (entre economía de mercado y Estado comunista, entre la riqueza de unos y la miseria de la mayoría —y así sucesivamente—). Para los amantes de la historia que se repite, merece recordarse que la totalidad de la historia de China fue una larga sucesión de unificaciones y divisiones. ¿O el futuro de una guerra civil? Y, en particular, ¿con cuáles

consecuencias sobre el mundo, al tener en cuenta las dimensiones y el abrumador peso de este país en la dinámica mundial? Pero no se preocupen en exceso, no es más que un escenario. Por regla general, los escenarios no se cumplen. A veces, no obstante, ¡quién sabe!

Sin embargo, sería un error no imaginarnos que la Historia no tiene en cuenta para nada a los hombres. Quizás, por el contrario, los considera demasiado, pero su «indeterminación» resulta precisamente del hecho de estar obligada a combinar una inagotable diversidad de opciones y de acciones. La solución no es entonces, cruzar los brazos en espera de una decisión «abstracta», sino de influir, todo lo que podamos, sobre esta decisión. Una pequeña parte de ella nos pertenece, quizás no es mucho y, sin embargo, es mucho más de lo que sería si no participamos para nada en el juego. He mostrado cuánta suerte tuvieron los rumanos en 1859 y en 1918. ¿Pero, a falta de un proyecto nacional en el cual creer y que los respaldara con convicción?, ¿para qué otra cosa serviría la suerte? Así están las cosas: por más inseguro que fuera el desenlace, es más provechoso hacer parte del juego que quedarse fuera de él.

Conclusiones: Preguntas sin respuesta

¿Y SI MIRAMOS LAS COSAS desde arriba, muy arriba — muchísimo más arriba—? Vemos cómo la inseguridad de la Historia se inscribe en el impenetrable misterio del universo y de la condición humana. ¿Qué significa este mundo y qué buscamos en él? No sabemos y no vamos a saberlo. Somos presos de un juego que no entendemos, un juego carente de sentido, o ya sea cargado de sentido; pero de sentidos imposibles de penetrar con el pensamiento humano. Aún vamos a hacer numerosos descubrimientos, vamos a surcar alguna vez la galaxia, pero a los grandes secretos no conseguiremos llegar.

En cuanto a la Historia, ¿qué conclusiones podemos sacar, cuando no hemos recorrido sino un segmento y no sabemos la continuidad y la terminación? Seguro, los escenarios no faltan; ellos abundan y, por supuesto, están en conflicto. La aceleración actual de la Historia infunde un dramatismo adicional. Si tantas transformaciones han sucedido en algunas decenas de años, ¿qué va a pasar a lo largo de los siguientes siglos, y en miles o diez

mil años? ¿Va a suceder el triunfo absoluto de la especie humana? O, por el contrario, ¿el ascenso hasta ahora alcanzado va a ser seguido de un derrumbe brutal, eventualmente incluso de un final definitivo por autodestrucción (al ser el modelo clásico de semejante escenario la guerra nuclear y el calentamiento global)? Se entiende que, entre estos extremos, queda un espacio suficiente para muchos escenarios intermedios, mejores o peores, mezclados de alguna manera. Lo que probablemente no lograremos imaginar es precisamente lo que va a suceder en realidad. Hacia dónde vamos, hacia cuál horizonte, hacia cuáles logros o hacia cuál desastre; nosotros no decidimos y no se decide ahora. Lo va a hacer la Historia, cada vez, en su debido tiempo.

Índice de autores

A

Auguste Comte, 19.
Alexandru Ioan Cuza, 64.

C

Carlomagno, 31.
Carlos de Hohenzollern-Sigmaringen, 64.
Churchill, 26.
Clodoveo, 14.

E

Edmond Halley, 20.
Emmanuel Le Roy Ladurie, 24.
Engels, 22.

F

Fernand Braudel, 15, 24.
Francis Fukuyama, 71.
Francisco Fernando, 50.
François Furet, 41, 46.
François Guizot, 11.

G

Gavrilo Princip, 53.

H

Henry Thomas Buckle, 19.
Hegel, 20.
Hitler, 26, 27, 45, 55, 56, 57, 58,59.

J

Juana de Arco, 13.

L

Lenin, 22, 49.
Leopold von Ranke, 8.
Lucien Febvre, 15.

M

Marc Bloch, 15.
Marx, 20, 21, 22.
Max Weber, 10.
Miguel el Valiente, 12, 13.
Mijaíl Gorbachov, 22.
Miron Costin, 62.

N

Napoleón, 28, 45, 63.

Nassim Nicholas Taleb, 26.

Newton, 20, 38.

P

Pavel Kiseleff, 62.

Polibio, 23.

R

René Magritte, 7.

Roosevelt, 26, 58.

S

Stalin, 26, 57, 58.

T

Tucídides, 23.

V

Vasile Pârvan, 12.

Vercingetorix, 13.

Índice de temas

C

Capitalismo, 21, 46, 49.
Ciencia, 11, 16, 18, 19, 20, 32,
37, 38, 52, 72.
Comunismo, 21, 22, 27, 57.
Cristiano, 17, 34, 36.
Cristianismo, 34.
Cruzadas, 37.

D

Derecho histórico, 15.

E

Edad media, 10, 11, 36.
Experimento, 5, 7, 10, 21, 29,
38.

F

Feudal, 21, 35, 45.
Física, 8, 19, 20.
Filosofía, 19, 21.

G

Globalización, 17.

H

Historia, 3, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12,
13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21,
22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 32,
33, 34, 36, 39, 41, 42, 44, 45, 46,
47, 49, 52, 53, 54, 55, 59, 61, 62,
64, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73,
74, 75, 76, 77, 78.

M

Mito/mitología, 12, 13, 18, 19, 44.

N

Nacional(es)/nacionalismo, 11,
12, 13, 14, 15, 16, 18, 33, 43, 44,
49, 53, 61, 63, 66, 69, 73, 76.
Nazi/nazismo/nazista, 26, 27, 28,
52, 56, 59.

P

Primera Guerra Mundial, 3, 12, 49, 50, 52, 53, 56, 64, 66, 70.

R

Revolución Francesa, 3, 5, 12, 13, 14, 41, 45, 46.
Romanticismo, 11.

S

Segunda Guerra Mundial, 3, 15, 26, 27, 28, 42, 55, 56, 59.
Sociología, 19.

U

Universal/universalismo, 11.

Este libro terminó de imprimirse en Abril del 2021, en los talleres
gráficos de Gráficas Olimpica, bajo el cuidado de su autor.
Pereira, Risaralda, Colombia.

Dividimos la historia en partes; en tramos cronológicos, campos, problemas, estructuras, mientras que la verdadera historia los cobija a todos como un remolino. Ponemos en la historia un orden que la Historia no tiene. Nos referimos a la Antigüedad o a la Edad Media como si semejantes divisiones existieran. Igual, identificamos una historia económica, social, cultural, política y así sucesivamente. Son simples compartimentos, que nosotros elaboramos y a los que pegamos etiquetas. Igualmente, cada hecho en parte es construido o reconstruido, extraído del enredado tejido de la Historia y provisto de esta manera con una existencia independiente.

No se niega en lo más mínimo la utilidad, incluso la necesidad de semejante enfoque. Es necesario un camino ordenado para hacer inteligible el pasado. Construimos lo que Max Weber llamó los «tipos ideales», ni verdaderos, ni falsos; así como la pipa de Magritte. El asunto es no olvidar que esta extensa reacomodación es obra nuestra, no pretendamos que así sería simplemente la Historia.

No es *Historia*, son *historias*. La Historia auténtica es una amalgama diferenciada y en permanente efervescencia. La operación de «disciplinamiento» y de «sistematización» nos pertenece. El historiador es un incansable fabricante de coherencia. Bajo su batuta, todo llega a relacionarse, todo se explica y el pasado se carga de significados.

Me he detenido sobre el problema crucial de la causalidad histórica, en mi opinión, mucho más complejo y difícil de aclarar de lo que aparece en especial en las «soluciones» historiográficas. He retomado, de esta perspectiva, algunos temas favoritos: génesis de la Civilización occidental, la Revolución francesa, la Primera Guerra Mundial y la creación de Rumania. Ya se verá con cuáles conclusiones (...)

eISBN 978-958-722-460-3

ISBN: 978-958-722-459-7

